JOSÉ VERISSIMO

HOMBRES E IDEAS EXTRANJEROS

Traducción del portugués por ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

EDITORIAL-AMÉRICA
MARTÍN DE LOS HEROS, 83
MADRID

EDITORIAL-AMÉRICA

Director-propietario: R. BLANCO-FOMBONA

PUBLICACIONES:

I

Biblioteca Andrés Bello (literatura).

II

Biblioteca Ayacucho (historia).

III

Biblioteca de Ciencias políticas y sociales.

IV

Biblioteca de la Juventud hispano-americana.

V

Biblioteca de obras varias (españoles e hispano-americanos.

VI

Biblioteca de historia colonial de América.

VII

Biblioteca de autores célebres (extranjeros).

VIII

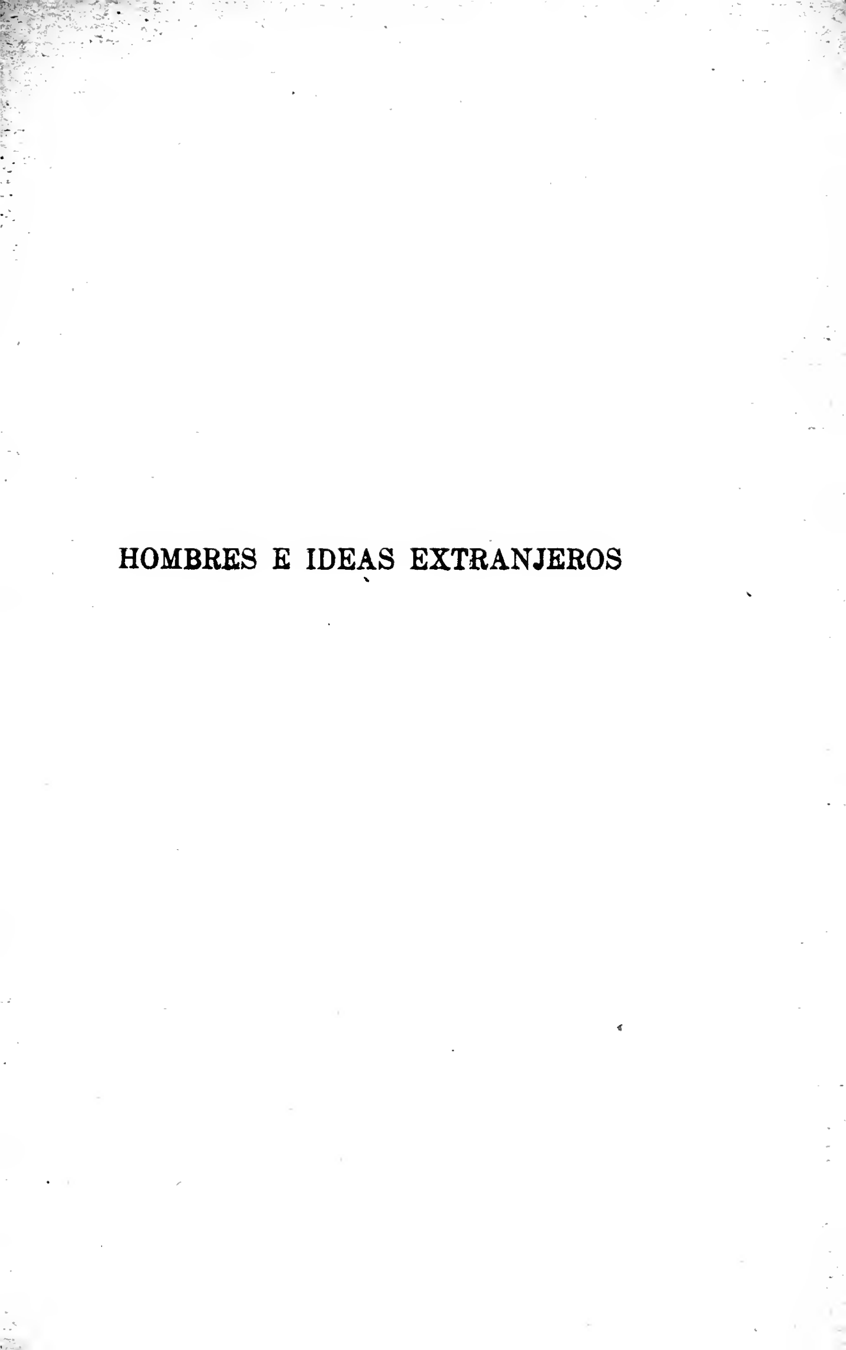
Biblioteca porvenir.

IX

La Novela para todos.

De venta en todas las buenas librerías de España y América.

Imp. de A. G. Izquierdo.—Doctor Mata, 3.—Madrid.—Teléf. 16-12 M



HOMBRES E IDEAS EXTRANJEROS

JOSÉ VERISSIMO

HOMBRES E IDEAS EXTRANJEROS

Traducción del portugués por ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

EDITORIAL-AMÉRICA
MARTÍN DE LOS HEROS, 88
MADRID

I

El duque de Palmella (1)

Los que leyeron el cuadro, admirable por la riqueza de colorido, que del *Portugal contemporáneo* trazó Oliveira Martins, no se habrán olvidado, ciertamente, de la figura de Palmella, con su eterno cigarro puro, con su frialdad de aspecto, con su superioridad de educación y de cultura sobre sus compañeros o adversarios en la obra, por muchos aspectos considerable, de la implantación del régimen moderno en Portugal. Oliveira Martins no es favorable a Palmella. Historiador a lo Carlyle y a lo Taine, la imaginación y la fantasía entran por mucho en su pro-

(1) *Vida do duque de Palmella*, por María Vaz de Carvalho, volúmen I (Lisboa, 1908).

cedimiento histórico, hecho principalmente por la aplicación de la Psicología a la Historia. Esa aplicación encierra en sí misma un motivo de error que consiste en la necesidad, para el historiador, de explicarlo todo por el carácter, por el temperamento y por los actos de los individuos históricos. Tarea difícil es, entre todos, el conocimiento de los hombres; y los psicólogos de la historia o de la novela son, inconscientemente o de buena fe, inducidos por esa misma dificultad frecuentemente, casi insuperable a facilitarse su tarea simplificando la psicología de esos personajes. Siendo imposible la observación directa a los primeros, como muchas veces lo es también a los segundos, ambos se ven obligados a un trabajo de imaginación en que por muy penetrante e imparcial que sea su observación indirecta, hecha en el estudio de los documentos y de los actos, entra por mucho el elemento subjetivo. El hombre (todos nosotros sabemos esto por la observación de nosotros mismos, si tenemos el suficiente espíritu crítico para hacerlo) es un ser eminentemente complejo; los más formados de una pieza no lo son tan completamente como a los psicólogos, por regla general, se

les figura; y si pudiésemos aplicar los rayos Köentgen al alma de cada hombre, retrocederíamos tal vez de horror descubriendo la mezcla incongruente que es. Evidentemente que de esa mezcla se puede casi siempre sacar una proporción media que constituye el carácter individual en su generalidad; pero la propia observación y diferenciación de este carácter es dificilísima y casi siempre contrariada por elementos subjetivos del observador y del observado, que perjudican a la verdad de la opinión. De ahí, principalmente, dimana la enorme discrepancia que hay entre los historiadores, en el juicio que forman de los personajes históricos y de sus actos. La Psicología aplicada a la Historia tiene, sin embargo, la ventaja de explicarlo todo y de hacerla más interesante. Si la hace más exacta y verdadera, es dudoso.

El Palmella del libro de Doña María Amalia es muy diferente del Palmella de Oliveira Martins. Difícil es decirlo cuál de los dos es el verdadero; difícil es decirlo a quien sólo leyó los dos libros con atención sin haber por sí mismo examinado *sine ira ac studio* las piezas del proceso. En lo que están concordes ambos histo-

riadores, no menos el detractor que el apologista, es en reconocerle la superioridad intelectual de cultura y de *civilidad* entre los hombres que con él se encontraron comprometidos en la vida política portuguesa de la primera mitad del siglo.

Oliveira Martins, que, a pesar de la amplitud de su espíritu tenía muy mal oculto el prejuicio tan portugués contra lo extranjero, nace del hecho de haber nacido Palmella en Italia, de familia de ascendencia extranjera, uno de los elementos con que ha de juzgarle. Palmella, para él, no comprendió jamás a Portugal porque no era un portugués de sangre pura, y además, no había tenido en manera alguna una educación portuguesa. Como teoría, el criterio es seductor, y dentro de ciertos límites puede ser verdadero. ¿Hasta qué punto hemos de sustentar en él? La apreciación de los actos y del carácter de un hombre, es muy discutible. El abuso o mal empleo del criterio étnico, es uno de los defectos capitales de la obra de Oliveira Martins. En realidad, ese criterio sólo tiene valor definitivo en las civilizaciones rudimentarias. La cultura reduce mucho su importancia en los períodos más

adelantados de la civilización, uno de cuyos aspectos es precisamente acabar por la cultura con los prejuicios étnicos y patrióticos, unificando en un mismo sentimiento a la familia humana. En el occidente, esta obra, a pesar de las reacciones en contrario, ya está muy adelantada.

Si Palmella hubiese comprendido a Portugal y al pueblo portugués como quiere Oliveira Martins, no se habría empeñado en la obra de la modificación de sus instituciones en el sentido moderno; porque, en realidad, como lo demuestra excelentemente el autor del *Portugal contemporáneo*, el pueblo portugués estaba en todo por el antiguo régimen contra el nuevo; por Don Miguel, contra Don Pedro; por el absolutismo, contra el constitucionalismo. Pero en esa obra, y contra el sentimiento general de la nación, no se empeñó solamente Palmella, el extranjero, como lo llama Oliveira Martins, sino su admirado Monsinho, Saldanha, Silva Carvalho, los dos Passos y otros mil portugueses de ley. Todos no comprenderían, por lo tanto, a su gente y a su ambiente queriendo imponerles un régimen que les era antipático, para el cual no estaban preparados y que les repugnaba. La conclusión sería

la condenación de esa obra, a la cual, cualquiera que sea nuestra opinión sobre el moderno constitucionalismo, debe Portugal, como con razón reflexiona la señora Doña María Amalia Vaz de Carvalho, «una vida tranquila, civilizada y sana».

Esta obra fuera de una minoría contra la mayoría del país. Pero ¿cuándo no fueron obra de las minorías empresas tales? Solamente que esas minorías, obedeciendo al determinismo histórico, no hicieron otra cosa sino procurar realizar el pensamiento general de la civilización contemporánea, y Doña María Amalia tiene razón también, mostrando cómo la transformación de Portugal era principalmente la consecuencia de las ideas de la época; y podría añadir que, a despecho de la voluntad del pueblo portugués, había de hacerse, como con efecto se hizo, día más o día menos.

Don Pedro de Souza y Holstein, después conde, marqués y duque de Palmella, era un civilizado, y en el buen sentido de la palabra, un aristócrata. Nacido en Turín en 1781, de padres portugueses, era su abuela paterna una hija del duque reinante de Holstein, casada con

el hidalgo portugués Don Manuel de Souza. Su familia había sufrido las persecuciones del marqués de Pombal.

Hay un episodio curioso y conmovedor en la historia de esta familia, referido en el libro de Camilo Castello Branco, sobre el marqués de Pombal y vuelto a narrar ahora más detalladamente por la señora Doña María Amalia Vaz de Carvalho. La probidad personal no era una de las cualidades eminentes del famoso ministro, por demás celoso de sus intereses y de los de su casa. Así procuró, con abuso de su poderío, casar bien a sus hijos, y no obstante haber perseguido a la familia Souza, exigió (esa es la palabra) a una de sus hijas, Doña Isabel de Souza Continho, «heredera de una de las más opulentas casas de Portugal» para mujer de su hijo José, después conde de Redinha.

La familia no resistió a esta orden; acaso hasta le sonrió halagüeñamente, envilecida como se hallaba la aristocracia portuguesa, la unión con la familia del ministro omnipotente. La niña, sin embargo (pues era una niña sólo de quince años), opuso al marqués, y a su padre, y a su abuelo, en cuya compañía vivía, la más heroica

resistencia. Amaba desde los más verdes años, con esa precocidad de amor que es tan portuguesa, a su primo Alejandro. Su resistencia fué, sin embargo, inútil y el casamiento se celebró. Tres años y algunos meses más tarde el propio marqués, su suegro, se vió obligado a patrocinar el divorcio para no dejar al hijo sin prole, pues de la mujer no hubo manera de tenerla; tal fué la oposición que hizo a hacer vida marital con el esposo, resistiendo a todas las pretensiones de la familia, del confesonario, del suegro poderosísimo y del ridículo marido. Para vengarse de ella la mandó Pombal recogerse por orden del rey en un convento, cuya abadesa era hermana suya, y de ese recogimiento la hizo pasar a otro en Evora, de donde salió de allí há seis años, cuando muerto Don José I, Portugal respiró desahogado de la opresión Pombalina y ella pudo entonces casar con su primo Alejandro. Esta admirable mujer fué la madre del duque de Palmella. La educación de Don Pedro fué muy cuidada y en los primeros años de su vida hecha bajo la dirección de su madre. Sobre todo, fué hecha de una manera diferente de la de los mozos hidalgos de la época: sin curas ni

frailes. Viajó desde niño con el padre, empleado en comisiones diplomáticas; vivió en su adolescencia en las esferas más aristocráticas y civilizadas de Europa, y sólo vino a conocer su patria legal a los catorce años. A los veinte, encontrábase de nuevo fuera de ella, en Italia, en un empleo diplomático, y allí trabó relaciones íntimas con Mme. de Stäel, cuyo amoroso corazón lloraba aún el abandono de Benjamín Constant.

En Portugal se sospechaba vagamente que el duque de Palmella, entonces simplemente Don Pedro de Souza, había sido amado por Mme. de Stäel, y que *Corinna*, donde Don Pedro figuraba bajo el nombre de Oswald, contaba esos amores. El libro de la señora Doña María Amalia, esclareció este punto de la vida de la ilustre escritora, sin dejar una duda plausible. Don Pedro de Souza fué, como lo prueban las ardientes cartas de Mme. de Stäel, ahora por primera vez publicadas en este libro, una de las pasiones de esa apasionada, que fué la autora de *Corinna;* y el lord Oswal Nelvil, de la novela, es, indudablemente, él (1).

(1) Este aserto es demasiado absoluto. Que Palmella fué amado o querido por Mme. de Stäel, no hay

Por Mme. de Stäel se relaciona Don Pedro con los hombres más ilustres de la época. Alejandro y Guillermo de Humboldt, Gay Lussac, De Barante, Schlegel, Lismondi; y viene a formar parte de la gloriosa tertulia de Coppelt, donde después que Napoleón, airado y envidioso, la prendió reinaba la Stäel por el talento, por la gracia, por el ingenio en una corte en la cual se reunían los más altos espíritus de la época. De ella formó parte y en ella, tal vez, tuvo la mejor parte el futuro duque de Palmella.

Con esta educación y con estos hábitos de vida social y espiritual, fino amante de las cosas de arte, volvió al bronco Portugal de frailes y magistrados, de Don Juan VI y de Carlota Joaquina, para asistir a la invasión y a la ocupación francesa, contra la cual se batió después en uno de los cuerpos anglo-lusitanos. De esa triste época hay en los *Apuntes biográficos* del duque de Palmella un animadísimo cuadro, revelador de las vigorosas cualidades de observa-

---

duda; pero no es cierto que el Oswald Nelvil, de la novela, sea él; cuando más, habrá en ese personaje alguna parte de él. Véase el libro de Doña Claudia de Campos: *Mme. de Stäel y el duque de Palmella.*—(N. DEL A.)

dor y hasta de escritor que había en el joven hidalgo. En marcha contra el enemigo, fué nombrado pronto Ayudante general del pequeño Cuerpo, en el cual, según nos informan aquellos apuntes, las funciones del cuartel mayor general fueron confiadas «al comandante del Cuerpo académico, José Bonifacio Andrada y Silva, bien conocido desde aquella época por su saber y, posteriormente, por el papel político que representó en el Brasil».

En 1809, ya vencidos los franceses en Portugal, va Don Pedro de Souza en misión a España, donde permanece hasta 1812, viniendo sólo a Lisboa una vez a casarse. A la misión de España síguese la del Congreso de Viena, el laboratorio en que Maetternich y el Zar, y otros, preparaban la reacción contra el régimen moderno. En Viena, a fuerza de habilidad y auxiliado por las buenas relaciones que había sabido conquistar en su vida por los diferentes países de Europa y hasta en su estancia en Coppelt, consigue que Portugal sea tratado en el mismo pie de igualdad que las grandes potencias y que firme también el acta final de aquél célebre Congreso que, por lo demás, no existió. De allí pasa

a la Embajada de Londres. Cuando la ocupaba recibió el nombramiento de ministro de Negocios Extranjeros y de la Guerra. Ese puesto sólo lo llegó a ejercer tres años después, partiendo para el Brasil, transformado en metrópoli, a fines de 1820.

Ya entonces había estallado la revolución de 1820, que tan fecunda debía ser para transformación de la monarquía portuguesa, incluyendo nuestro país (1). El Brasil era, ya de hecho, independiente desde el establecimiento de la monarquía aquí y de las medidas posteriores, como la apertura de sus puertos, otorgada por Don Juan, que se aficionó a este país. La metrópoli era, efectivamente, aquí, y era Río de Janeiro y eran los brasileños (como en Portugal se decía y repiten Oliveira Martins, la señora Doña María Amalia y los demás historiadores portugueses) quienes gobernaban al reino. De ahí, principalmente, tal vez la animosidad que en las Cortes de 1820, a despecho de su liberalismo, sintieron contra el Brasil, al que quisieron irra-

(1). No se olvide el lector de que José Verissimo, el autor de esta obra, es un ilustre crítico brasileño. (N. DEL T.)

cionalmente volver a colonizar. Palmella había adivinado la revolución, y, a creer a su biógrafo, había querido aprovechar la energía nacional, puesta en movimiento después de tanto marasmo, para iniciar una nueva era de legalidad y de actividad política. Su idea era que se convocasen las antiguas Cortes y de éstas vinieran las reformas con la dinastía enfrente de ellas. La idea era, sin duda, de un estadista. No triunfó entonces, principalmente, por la terquedad de la dinastía y de sus aúlicos, para triunfar, ya un poco tarde, diez años después.

El 23 de diciembre de 1820, llegó a Río de Janeiro. Lo que dice a su mujer de nuestra ciudad en una carta íntima, no es del todo desagradable. Habla, naturalmente, del calor, que es aún por hoy (y ¡ay de nosotros!, lo será por toda la eternidad) el tema obligado de nuestros comienzos de conversación en la estación en que aquí llegó Palmella. Se alojó fuera de la ciudad, a medio camino de la Quinta del Rey, de San Cristóbal, en una buena vivienda, en un sitio nada feo y cuyo único inconveniente es estar apartado del mar y estar, por consiguiente, menos aireada.

«Hay sitios lindísimos cerca de la ciudad y donde moran muchas personas de la buena sociedad, y por ejemplo, lo que llaman la bahía de Botafogo es, sin exageración, comparable a los más bellos sitios de Italia o de Suiza. Falta gente blanca, lujo, buenas carreteras; en fin, faltan muchas cosas que el tiempo traerá; pero no falta, como en Lisbôa y sus alrededores, agua y verdor, pues aun en esta estación, la peor, está todo aquí tan verde como en Inglaterra. Comía a las tres e iba a la ópera italiana, que no era del todo pésima.»

En la crisis que atravesaba la Monarquía, agravada por la irresolución e imbecilidad (en el legítimo sentido portugués) de Don Juan VI, indeciso entre Portugal y el Brasil, los consejos de Palmella parecen haber sido siempre que la dinastía no se dejase dominar por los acontecimientos, sino que les tomase la delantera y dirección.

Palmella era liberal dinástico, conservador aristócrata a la inglesa. Don Juan no quería dejar el Brasil y Palmella quería que fuese Don Pedro para Portugal. Las insurrecciones de Bahía y de Río de Janeiro en febrero de 1821, ad-

hiriéndose a la revolución portuguesa, obligaron al rey a dimitir al Ministerio de que Palmella formaba parte. Hay una carta íntima de él a su cuñado el conde de Linhares, de mucho interés para este punto de nuestra historia, que aún entonces se confunde con la portuguesa. El y el conde de los Arcos aceleraban la marcha del príncipe Don Pedro, sobre todo después de los acontecimientos de Bahía, pero Tomás Antonio, «el más inepto y el más lisonjero de todos los hombres», mantenía al rey en la inacción. Palmella propuso, no sólo la marcha del príncipe acompañado del conde de los Arcos a Bahía, sino que llevase un manifiesto del rey que también se debía publicar en Río, anunciando las bases fundamentales de una Constitución otorgada por él a sus pueblos «sobre los principios más liberales y sólo con la condición de dividirse el Cuerpo legislativo en dos Cámaras». Para aplicar tales bases en el Brasil, se congregarían en Río «los procuradores de las Cámaras de las principales ciudades y villas del reino (del Brasil) y para Portugal iba el príncipe a tratar de desenvolver con las Cortes las susodichas bases y de ordenarlas en un Código Constitucional».

Palmella propuso al rey otras medidas y reformas también de orden político, administrativo y hasta doméstico, como el apartamiento de Targini y otros palaciegos que se habían hecho odiosos. Don Juan no adoptó estas ideas (que tenían entre sí un nexo necesario), y por consejo de Tomás Antonio resolvióse «a publicar sólo y aisladamente el llamamiento de los procuradores de las Cámaras del Brasil», de lo cual se sirvió el exasperar al partido europeo, que pensó que tal medida tendía a la separación de los dos reinos. «El príncipe, por no separarse de la mujer», negóse a partir inmediatamente; la agitación creció; Palmella pidió su dimisión, que le fué negada, y cuando por orden del rey, dada ya tarde, el 25 de febrero por la noche, debía redactar aquel manifiesto prometedor de la Constitución, no era ya tiempo de echar mano de este remedio «porque la tropa, instigada por tres o cuatro caudillos, apareció formada en el Rocío a la madrugada siguiente y dictó la ley como quiso». Con los acontecimientos iba surgiendo «un partido brasileño», que se juzgaba lesionado por las últimas medidas tomadas y que amenazaba con una reacción. Entre tanto,

decíase que el rey volvería para Portugal con su hijo «y en ese caso (escribe Palmella) Dios sabe lo que será de este país».

El pensamiento de Palmella era primero que fuese el Rey quien se pusiese al frente de la revolución y efectuase él mismo la evolución política de su patria; después, que haciendo participar al Brasil del nuevo régimen se mantuviese la integridad de la monarquía. Por el consejo dado al Rey de ponerse él al frente del movimiento, que Palmella consideraba irresistible, quedó mal visto de los liberales doctrinarios, medio jacobinos, para quienes la idea de Palmella parecía una sofisticación de la propia idea que les dirigía.

El libro de la señora Doña María Amalia Vaz de Carvalho termina con la relación del ministerio de Palmella, en 1823, y allí se encuentran también datos útiles para nuestra historia en el período de nuestra separación de Portugal.

La impresión que deja Palmella después de la lectura de este libro es mejor que la que de él nos ha dejado Oliveira Martins, y en muchos puntos confirma lo que teníamos a través de los bellos versos de Garrett:

Era grande, um grande homem de véras,
aquelle Duque... alí maix ainda,
alí no seu Lumiar.

....

....

Sus cartas íntimas y hasta las que recibe de su mujer revelan en él un corazón bondadoso y afectivo. Tal vez un poco escéptico, pero del escepticismo amable, más exterior que profundo del hombre de mundo, un poco obligado por los prejuicios, al fin y al cabo ridículos de la sociedad, y despreciando en el fondo y con razón a la gente con quien vivía: a su Rey, a sus ministros y cortesanos, a sus compañeros en la obra de la restauración del país, bajo el régimen moderno; todos más o menos groseros comparados con esa flor de civilización que él era.

II

Anatole France y su «Historia Contemporánea».

Fué así como tituló el señor Anatole France la serie de sus tres últimas novelas, *L'Orme du Mail*, *Le Mannequin d'Osier*, y la última que acaba de llegar a estas playas, *L'Anneau d'Amethiste.* ¿Gusta el lector de la novela histórica? Sé que es un género qne ya tuvo su época; una boga enorme, muchos adoradores y cultivadores entre los mayores nombres de las literaturas de este siglo. No lo aprecio, sino muy medianamente, y, sobre todo, no creo en esa especie híbrida. Ahora bien; me parece que sin esa creencia ingenua la novela histórica pierde, por lo menos, la mitad de su razón de ser, si alguna tiene. Al fin de cuentas, la novela histórica, como el drama histórico, es un género falso cuyo

valor, por grande que sea el talento del autor, acaba por cifrarse en una vista panorámica cuando imaginamos que el pintor nos la dibujó y coloreó conforme a la realidad retrospectiva. Es manifiesta la incompatibilidad entre la historia y la imaginación. Una erudición profunda y minuciosa puede conseguir (y acaso lo habrá conseguido), con un Walter Scott, con un Herculano, con un Hebers y aun con el Flaubert de *Salanumbó* reproducir materialmente cuadros de la vida material, rasgos de costumbres, vestuarios, lances y accesorios de la existencia, escenas imaginarias y hasta hechos históricos del pasado ya descritos por los escritores contemráneos. Pero lo que a nadie es dado, es animar el cuadro que hizo, sino con su propia alma, con los mismos sentimientos y pasiones de su época, qué digo, de su momento, en la imposibilidad invencible que estamos de penetrar en el alma, en los motivos de acción, en una palabra: en la psicología de los individuos más distantes de nosotros, tal vez por el sentir, por el querer y por el entender, por todo, en fin, lo que constituye la personalidad humana, que por el tiempo.

No tolera, además, la novela, que es la epopeya de la vida moderna y burguesa, la idealización que en el poema y hasta en el drama rescata en cierto modo la incoherencia entre la realidad, que es la historia, y la imaginación, que es la novela. Por cualquier lado que lo miremos, por lo tanto, el género es falso, aun cuando lo levante hasta las máximas alturas del arte la genialidad de un Walter Scott. Pero entonces sus libros son admirables poemas en prosa, idealizaciones de épocas idas, a las cuales nuestra propia imaginación y la suya prestan un prestigio de leyenda y poesía que nos los hace estimables y algunos deliciosos. No es el ser histórico lo que nos place en ellos, sino el ser obra de arte consumada y de excelsa inspiración. Y por eso tal vez nos complacemos tanto en las menos históricas de las novelas históricas del viejo Dumas. ¿Quién hay que en los años más mozos y aun después, cuando comienzan a emblanquecer los cabellos o blanquean del todo, no se dejó, y por ventura no se deja aún, que un momento necesario de reposo intelectual dé suelta a la imaginación y al ingenio, prender y arrastrar por la imaginación maravillosa, por la vena

endiablada, por el genio asombroso del narrador, por la facundia homérica del autor de *Los tres Mosqueteros*, de *San Felice* y de otros mil libros en que la historia es tratada por él con la falta de ceremonia y la desenvoltura de un haguiógrafo?

Las últimas novelas del señor Anatole France no son novelas históricas, en el sentido común de esta expresión; pero el autor no se extralimitó denominándolas *Historia Contemporánea*. Son, en efecto, si no la historia contemporánea, un fragmento de ella que fué, es y continúa siéndolo la de Francia. La novela moderna será un precioso subsidio con que los venideros reconstituyan nuestra sociedad, así como son el drama y la epopeya antiguas en las restauraciones que intentamos de las viejas sociedades. Ningún historiador, ningún cronista darán jamás un cuadro tan exacto, tan vivo, tan real de la Francia de la Restauración o de la Francia del segundo Imperio, como los de Balzac o los de Zola. Pero en esas novelas la descripción, el estudio de la sociedad, son más bien lo accesorio que lo principal, que aun en Zola y en los de su escuela es un drama, aunque simplificado hasta el extremo,

quizá hasta el exceso, que sirve de motivo, de pretexto, a los hombres y a la descripción de las cosas de la época.

El señor Anatole France llevó más lejos la simplificación, y desmintiendo la sentencia atribuída a Salomón (que tal vez no escribió jamás ninguna), dió a nuestra literatura contemporánea, que se encamina en busca de lo nuevo hasta los linderos de lo insano, algo nuevo.

No necesito explicar, creo, lo que se entiende por nuevo en este caso. Ciertamente, no sería difícil descubrir en Balzac, en algunas tentativas de Flaubert, y aun en páginas dialogadas de Renán, o en las ficciones de Taine, para no salir de la literatura francesa, el germen remoto y vago donde el señor Anatole France se saturó y de donde desenvolvió el concepto de su obra. No es por eso menos nueva, puesto que tiene en el estilo y en la composición, en las ideas y en la forma, toda la originalidad de que somos capaces. Quien escapó de buena fué un eminente escritor nuestro, el autor de *Braz Cubas* y de *Quinças Borba*, cuyo pensamiento sutil y delicado recuerda a cada paso cuando leemos la *Historia Contemporánea* del señor Anatole France.

¡Imagínense que no hubiera publicado sus libros algunos años antes! Aunque el encuentro de los dos escritores no sea sino de pensamiento, de la misma ironía desengañada, del mismo humorismo escéptico, de la misma desilusión de todo «con que se engaña el pueblo necio» y de ciertas maneras idénticas de sentir y de decir, resultantes de la conformidad del mismo pensamiento literario, no faltaría también quien acusase al señor Machado de Assis de plagiario. Por bien suyo, sus libros (que por otra parte no son más que el desenvolvimiento literario desde sus primeras obras manifestado) precedieron con mucho a los del escritor francés. Y yo no dudo en decir que desde el punto estricto de vista de la literatura y del arte son acaso superiores a los de éste. *Braz Cubas*, *Quinças Borba*, son dos novelas de un género peculiar, pero son dos novelas, dos obras puramente artísticas y literarias. *L'Orme du Mail*, *Mannequin d'Osier*, *L'Anneau d'Amethiste*, son casi folletos; son, por lo menos, sátiras disfrazadas con un arte supremo bajo la engañosa apariencia de una novela; menos que eso, de un cuento que no existe.

Relatar este cuento es extremadamente difícil,

y no lo intentaré, sintiendo de antemano que mi incapacidad perjudicaría a la obra del señor Anatole France. Ni hay en ella un cuento, sino muchos, y el mismo episodio doméstico del profesor Bergeret, el más novelesco del libro, no tiene de hecho ni el autor se da mayor importancia que los otros. Los tres libros de *Historia Contemporánea* están hechos de episodios que no tienen siquiera, como exigía la retórica de la epopeya antigua, un centro común. Pero todos esos episodios sirven admirablemente dispuestos y combinados, y tratados para dar a la obra la unidad y hacer de ella un todo completo y perfecto.

Nunca dió, tal vez, el escritor francés, el más legítimo heredero de las gracias de Renán, prueba mayor de sus excepcionales cualidades, y bajo una forma ligera y encantadora de su fuerza. Ningún asunto más escabroso, y no sé si también menos estético: la vida contemporánea bajo su aspecto político, especialmente sin ningún elemento novelesco en su banalidad y en su llaneza...

Había en él muchos peligros, de los cuales no era, tal vez, el menor el ridículo, para el cual

sería facilísimo deslizarse por la declamación, por el tono oratorio, por la parcialidad o por la intervención inoportuna o impertinente del autor. Con un arte extraordinario el señor Anatole France evitó estos escollos, de los cuales su genio, verdaderamente ático, elegante y claro, su buen gusto y su consumada ciencia de escritor le libraron, dejando al lector una impresión de facilidad, de *aisance*, que es asombrosa cuando se considera la dificultad del libro. Y esa es la desesperante superioridad de los franceses, entre los cuales es el señor Anatole France hoy uno de los primeros.

No pudiendo contar el argumento del libro, quisiera dar al menos una pálida idea de él al lector. Le da título el anillo del obispo, anillo de amatista, tras el cual corre, intriga y se deshace en adulaciones, y se multiplica en enredos durante los tres volúmenes el padre Quitrel. Es un cura mundano, listo, ambicioso, con la ciencia de hacerse amistades en todos los campos fácil, y que para ser obispo adora a las potestades mundanas, adula a los poderosos, hace la corte asidua a la judía, mujer del Prefecto, en obsequio de cuya manía de *bibelots* y *bric-á-*

brac(1), despoja a las viejas iglesias, y a un tiempo mismo, frecuenta a los realistas, a los adictos y a los republicanos, aun radicales. Tipo exacto, sin nada de caricaturesco, sin nada de ya visto en los centenares de curas de la novela francesa. Gracias al concurso de los mundanos, de los vividores, de los políticos trepadores, de las mujeres fáciles es, por fin, el padre Quitrel nombrado obispo; pero el anillo que una de sus devotas amigas había preparado para ofrecerle, lo olvida ella en el camarín en que recibía al amante, un Raúl Mercier, que es el Esterhazy de la novela. Cuando la justicia hace un registro en este escondrijo de amores, encuentra también el anillo destinado a *Monseigneur Quitrel*. ¡Por dónde andan anillos de obispos!...

Con este tercer volumen de la *Historia Contemporánea*, estamos en plena cuestión Dreyfús. Y el arte del señor Anatole France consiste en reproducir, en episodios e incidentes diversos, la situación moral creada a Francia por esa cues-

(1) Los portugueses y los hispano-americanos han adoptado este vocablo *bric-á-brac*, como expresivo de los muebles viejos y de las antigüedades, así como *bibelots*, también por nosotros adoptada.—(N. DEL A.)

tión, en un cuadro que será uno de los más acabados de este doloroso momento de la vida francesa. En este delicioso volumen, como en los que le precedieron, son pequeños episodios, trozos de conversación, reparos de uno u otro personaje, el principal encanto.

Estamos en el castillo del duque de Brèce:

«—Lo repito—dijo el Duque—, la agitación hecha en torno de esta cuestión no es, ni puede ser, sino un manejo execrable de los enemigos de Francia.

»—Y de la religión—añadió mansamente el padre Quitrel—, y de la religión. No se puede ser más buen francés, sin ser un buen cristiano. Y vemos el escándalo principalmente suscitado por los librepensadores, por los masones y por los protestantes...

»—Y por los judíos—replicó el Duque—, y por los judíos y por los alemanes. ¡Y qué inaudita audacia, poner en duda la sentencia de un consejo de guerra!... Pues no es admisible que siete oficiales franceses se hayan equivocado.

»—No es admisible, ciertamente—dijo el cura.

»—En tesis general—dijo el señor Berond (es un magistrado)—, no hay cosa más inverosímil

que un error judicial. Diré, incluso, que es imposible; tales son las garantías que la ley ofrece a los acusados. Lo digo también de la justicia militar. Si el acusado ante los consejos de guerra no encuentra todas las garantías en las formas un tanto sumarias del proceso, las halla en el carácter de los jueces. A mi ver, es ya un agravio al Ejército la duda suscitada ante la legalidad de una sentencia pronunciada en consejo de guerra...

» —Tiene razón en absoluto —dijo el Duque—. ¿Se puede admitir, por otra parte, que siete oficiales franceses se hayan equivocado? ¿Se puede admitir, general?

»—Difícilmente —respondió el general—. Y por mi parte, muy difícilmente lo admitiría...»

En otro ambiente: En el salón de unos advenedizos de gran fortuna, judíos alemanes, los Guttenberg, transformados en condes de Bonmont en Francia.

«—Otra vez la cuestión—dice uno de los presentes, abriendo el periódico—. Otra vez profesores que protestan... Paréceme que cuando siete oficiales...

»—Ciertamente —dijo el padre Quitrel, con-

currente también a aquella casa—, cuando siete oficiales pronunciaron su sentencia, es temerario, diré más, es inconveniente oponer una duda a su decisión...»

En una librería de una ciudad provinciana, el señor Bergeret, que tenía el espíritu especulativo, expresó ideas que no correspondían al sentimiento general.

«—El juicio a puertas cerradas es una práctica detestable.»

Un interlocutor objetóle la razón de Estado y él replicó:

« – Nosotros no tenemos Estado. Tenemos administraciones. Lo que llamamos razón de Estado es la razón de los Ministerios.»

Un jacobino declara que admite que se guillotinen generales, pero no que se discutan las decisiones de la justicia militar, lo cual apoyó aquel interlocutor:

« - Tiene razón, porque si hay una justicia respetable, es ésa...»

Bergeret, sin embargo, replica:

«—Si el ejército es una administración como la agricultura, la hacienda o la instrucción pública, no se concibe que exista una justicia mi-

litar cuando no existe ni justicia agrícola, ni justicia financiera, ni justicia universitaria. Toda justicia especial es opuesta a los principios del derecho moderno. Los tribunales militares parecían a nuestros descendientes tan góticos y bárbaros como a nosotros nos parecen las justicias señoriales y eclesiásticas.»

«—Pero si tocan a los consejos de guerra, es el fin del Ejército, es el fin del país»—exclama el mismo interlocutor.

No le costó trabajo a Bergeret replicar que cuando los curas y los señores fueron privados del derecho de ahorcar a los villanos, también él creyó que era el fin de todo. Pero el tenaz interlocutor le preguntó si él, de buena fe, creía que siete oficiales franceses podían equivocarse.

«—¡Catorce!—gritó el jacobino.

»—¡Catorce!—repitió el discutidor.

»—Lo creo—respondió Bergeret.

»—¿Catorce oficiales franceses?—exclamó e interpelante.

»—¡Oh!—dijo Bergeret—, aunque fuesen suizos, belgas, españoles, alemanes u holandeses, podrían engañarse del mismo modo.

—»No es posible—clamó el otro.

Bergeret, el profesor, hombre de reflexión y de crítica, espíritu fino y observador, abunda en teorías originales. La del héroe en *Le Mannequin d'Osier* es impresionante de ingenio y de finura. He ahí lo que piensa de la mentira y de la verdad, contra su colega Leterrier, que creía, con Ernesto Renán, que hay en la verdad una fuerza que le garantiza el triunfo definitivo...

» —Yo pienso, por el contrario —decía él al colega—, que la verdad está expuesta con frecuencia a acabar obscuramente, bajo el desprecio y la injuria. Comparada a la mentira, la verdad tiene caracteres de inferioridad que la condenan a desaparecer. En primer lugar, es una. Siendo múltiple la mentira, la verdad tiene contra sí el número. No es ese su único defecto. Es, además, inerte. No es susceptible de modificaciones; no se presta a combinaciones que le facultarían para penetrar fácilmente en las inteligencias de los hombres. La mentira tiene, por el contrario, maravillosos recursos. Es dúctil y plástica. Y además (no tengamos miedo al decirlo) es natural y moral.

»Es natural como producto ordinario del mecanismo de los sentidos, fuente y almacén de las

ilusiones; es moral porque concuerda con los hábitos de los hombres, que viviendo en común, fundaron su idea del bien y del mal, sus leyes divinas y humanas, sobre las interpretaciones más antiguas, más santas, más absurdas, más augustas, más bárbaras y más falsas de los fenómenos naturales.

»La mentira es, entre los hombres, el origen de toda virtud y de toda belleza. Por eso figuras aladas e imágenes sobrenaturales hermosean sus jardines, sus palacios y sus templos... Sólo oyen de buen grado las mentiras de los poetas. ¿Quién os impulsa a rechazar la mentira y a buscar la verdad? Tal empeño, sólo lo puede inspirar una curiosidad de decadentes, una culpable temeridad de intelectuales... Es un atentado a la naturaleza moral del hombre y al orden social... Es una ofensa a los afectos como a las virtudes de los pueblos. El progreso de este mal sería funesto si lo pudiesen acelerar. Lo arruinaría todo. Pero en realidad vemos que es muy pequeño y muy lento y que la verdad no hace mella sensible en la mentira. Las mismas verdades científicas no tienen fuerzas para destruir errores y prejuicios. Los pueblos viven

de mitología. De las fábulas sacan todas las nociones que necesitan para vivir...»

Sería, con todo, cosa de nunca acabar transcribir aquí las opiniones del señor Bergeret, profesor de literatura latina en una Facultad de provincia; espíritu de crítica y de reflexión. Y no es un *poseur*, antes bien, un hombre sencillo, natural, sincero, modesto, convencido de sus ideas, sin quererlas imponer a los demás y sufriendo obscuramente en obsequio de ellas...

Esta obra del señor Anatole France, de la cual (tengo la certeza) fué inhábil para dar una idea, es una riquísima galería de figuras del mundo contemporáneo francés, todas vivas, todas características, todas respirando verdad...

No es bello ni puro ese mundo, esa sociedad de la tercera República, en él pintada con un singular vigor de dibujo y de colorido; pero no nos apresuremos, con poca filosofía y reflexión, a protestar solamente contra ella. El señor Anatole France nos contó un fragmento de la historia contemporánea de su país, con un alto desinterés de filósofo y con el arte de un artista perfecto. Pero lo que él hizo con Francia otros

lo podrían hacer, si tuviesen su talento, con cada uno de los países de Occidente. El mal del mundo es general, y las miserias sobre las cuales filosofaba el buen Bergeret no son exclusivamente francesas...

III

Un yanqui y la literatura anglo-americana

Poquísimo sabemos nosotros, brasileños, de las literaturas americanas, y no sé si no podría, generalizando, afirmar que poquísimo sabemos nosotros, los americanos, de las literaturas respectivas. En esta nuestra común y recíproca ignorancia, los Estados Unidos, no obstante su supremacía en el continente, no tienen menor parte que México y Venezuela, por ejemplo. Ignorámoslos intelectualmente casi tanto como a Chile o la Argentina. Creo no ser indiscreto contando que cuando la Academia Brasileña trató de elegir sus correspondientes extranjeros, ninguno de nosotros (1), los presentes a la se-

(1) Adviértase, para entender bien esta alusión, que José Verissimo es uno de los más conspicuos miembros de la Academia brasileña.—(N. del T).

sión, fué capaz de decir más de dos nombres de escritores vivos norteamericanos. Todos sabíamos de la existencia de una literatura americana, o más bien anglo-americana, que seguramente habrá evolucionado con el país; todos conocíamos los nombres famosos de sus historiadores, de sus poetas, de sus novelistas, de sus pensadores de la primera mitad del pasado siglo y aun algunos, raros, más recientes. Sin embargo, al paso que todos repetíamos aquellos nombres: Prescott, Ticknor, Bancroft, Fenimore Cooper, Longfellow, Brejant, Beccher Stowe, Bret Harte, Emerson, por lo que se refiere al momento presente no acudían a nuestra memoria más nombres que el de Mark Twain y alguno más.

No deja de ser curioso que conozcamos, de simple nombradía o de lectura (no importa), una docena de nombres de la literatura americana de veinte años atrás, e ignoremos por completo hasta los nombres de nuestros contemporáneos, los escritores de aquel país. Y estos tienen mucho menos valor que aquéllos, y no lograron conquistar la fama europea, mediante la cual nuestro país y nosotros venimos a conocer-

los, o nuestro pregonado americanismo se ha ido enfriando de hecho, hasta el punto de no ligar interés alguno a la vida intelectual de la gran nación americana. Hay tal vez en nuestra ignorancia una mezcla de ambas causas. Pero una razón basta para justificarla, no sólo en relación con los Estados Unidos, sino con todas las demás naciones americanas.

Es que, a pesar de la identidad de orígenes históricos, de semejanza (al menos en cuanto a la América latina) de régimen colonial, y de las afinidades de raza, de lengua y de religión, de la vida en el mismo continente y de intereses políticos, por otra parte más futuros que presentes, nada hay de común, o mejor dicho, nada establece entre los americanos una corriente de simpatía, de interés, de necesidades materiales o espirituales que les infundan el deseo de conocerse recíprocamente. Y desde el punto de vista intelectual, por lo menos, de nada les serviría conocerse, pues ningún provecho o laureles vendría de ese conocimiento. Bajo ese aspecto, más provechoso nos es el conocimiento de la última de las naciones de Occidente europeo que el de la primera nación americana. Sin co-

nocerla, tenemos la justa intención de que su literatura no nos podría enseñar nada y que no es como la nuestra, sino un pálido reflejo del pensamiento europeo, como es con la ciencia, la filosofía, el pensamiento americanos. En todo somos nosotros aún obreros de segunda mano: copistas, imitadores. No nos puede, pues, avergonzar nuestra ignorancia, ni tenemos que disimularla, cuando espiritualmente no podemos dejar de sentirnos más europeos que americanos, más franceses, italianos o alemanes que yanquis, chilenos o venezolanos. No sólo más, sino mucho más...

Esas literaturas americanas, sin embargo, pueden comenzar a tener su interés nacional en principio, continental y universal después. Habrá en ellas por fuerza, a pesar de la servidumbre del pensamiento, de la forma, del lenguaje, que tampoco es propio e independiente, los primeros rasgos de nacionalidades que se dibujan o que, por lo menos, esbozan un carácter aún vago, indeciso, indistinto. Por mezquina que sea, una literatura es una definición espontánea de gente que la hizo; un elemento inductivo, pues, de la nacionalidad, y más: un estí-

mulo de ella. Pero si la gente que en ella se define y representa no merece por sí misma gran interés, no vale ciertamente la pena de indagar cómo se interpreta. Y ese es nuestro caso, el de las naciones americanas, no sólo respecto a Europa, nuestra creadora y educadora, sino aún más respecto de otras.

Ni los Estados Unidos, con toda su incomparable superioridad en todos los respectos dentro de América, y su posición de igualdad industrial y política con las grandes naciones de Europa, se substraen a esta situación secundaria. No obstante su admirable organización de la enseñanza primaria, ejemplo y envidia de la misma Europa, sus numerosas universidades, academias, colegios e institutos de instrucción de todo orden, la multitud asombrosa de sus sociedades de estudios, instituciones científicas, establecimientos didácticos de todo género, dotados algunos como no hay otros en el mundo, de la producción maravillosa y única de su librería en revistas, *magazines,* periódicos científicos, literarios y artísticos, del número sin igual de sus bibliotecas, del progreso siempre creciente de los estudios clásicos y desinteresados,

del cultivo de la erudición y de la cultura científica en ese país, que a muchos se figura sólo como un áspero y amplio almacén, no consiguieron hacer notable excepción al legítimo menosprecio que en este particular les tenemos nosotros mismos, americanos. Es que advertimos bien que todo eso no es aún sino un reflejo de Europa; una obra atropellada de su energía, de su riqueza y de su industria; el producto artificial y poco característico, o con características, de una voluntad poderosa, admirable, pero a la cual faltan de hecho las cualidades de buen gusto, de orden, de ritmo, de profundidad, de verdad, que son la obra lenta y depurada de las generaciones de donde venimos. En nuestras propias literaturas nacionales, con alguna rara excepción, que no invalida la regla, sentimos esas quiebras... Los mismos yanquis las comprueban en la suya.

En uno de los números de este año de la revista norteamericana *The Forum*, un escritor, que tal vez ninguno de los lectores conozca, y del cual informa, sin embargo, una nota biográfica que es uno de los más conocidos y solicitados escritores y conferenciantes de asuntos

literarios de los Estados Unidos, ex director de un *magazine* y autor de media docena de libros de crítica y literatura, Mr. Hamilton W. Mabie, estudiando la literatura americana en relación con la nacionalidad, escribe:

«En estas dos décadas, nuestra literatura no hizo impresión muy honda en la imaginación del país ni influyó muy profundamente tampoco en su carácter, porque en su mayor parte carece de profundo sentimiento y de una íntima sinceridad. Parece haberse asustado ante las hondas convicciones, los fuertes sentimientos y las grandes emociones... Mostróse admirable en la forma sana de aspecto, y muchas veces encantadora en el estilo; pero le faltó, en su mayor parte, la fuerza elemental. No pintó las grandes pasiones ni reveló las fuerzas productoras, siempre en obra en lo más profundo de la conciencia popular... Una parte considerable de esta literatura parece haber participado del temor convencional de mostrar sentimentalismo: el vejamen convencional de revelar gran emoción...

»Entre la grandeza y la seriedad de la vida americana, y la ligereza, la gracia, el toque fur-

tivo de una gran cantidad de espíritus americanos, hay un abismo. El apartamiento entre aquella vida y los más deliciosos libros aquí escritos, sería ridículo si no fuera doloroso. Parecería que huimos del reconocimiento real de nosotros mismos, y tememos el contacto material con las tremendas materialidades de la vida. Nuestra literatura perdió, en gran manera, la nota de invención, la audacia del espíritu de aventura, el valor de las grandes creencias y pasiones, y está en riesgo de convertirse en un entretenimiento de sociedad refinada en vez de ser una expresión de la experiencia vital y una fuerza dominante en la vida nacional. Hizo vibrar algunas notas profundas con gran claridad y sonoridad; pero debe continuar vibrándolas y, bajo la claridad de su visión, poner la vitalidad y la pura fuerza humana de la rica y profunda experiencia... El idealismo del carácter americano, desconocido por muchos observadores extranjeros porque tomó formas de expresión más prácticas que artísticas, es la materia prima en la factura de libros conmovedores; pero cumple que haya también fondo y talento...

»Lo que Emerson llamó *delicadezas de constitución* es aún muy visible en las letras americanas. La literatura que suaviza y pule, es agradable y bien venida; pero no puede ocupar el lugar de la literatura. No quiere esto decir, naturalmente, que la literatura se haga didáctica, sino que no hallará los manantiales que la alimentan ni en la cultura ni en el gusto, sino en las profundidades de la experiencia y en las fuentes ocultas de la emotividad. Gran parte de la literatura de las dos últimas décadas sería admirable como literatura subsidiaria; es deficiente como literatura representativa. Tuvo gracias, refinamiento y encanto; faltóle profundidad, fuerza, conjunto, pasión...»

Paréceme excelente y feliz esta distinción del señor Mabie entre literatura subsidiaria y literatura representativa, para nuestras incipientes literaturas americanas. Pero continúa el escritor yanqui: «Necesitamos de esta literatura más ligera, pero necesitamos aún más de la substancia y fuerza de la literatura de nuestra emoción nacional o de raza, la cual, por virtud de sus cualidades representativas, se convierte en una verdadera revolución de nuestra vida...»

Reconoce el escritor que el pueblo estadunidense no adquirió aún la plena conciencia de sí mismo, que existen conciencias seccionales, pero no hay conciencia general, nacional. «La nación, como tal nación, no adquirió aún un conocimiento claro de sí misma; no sabe lo que hay en su corazón, aunque responda con apasionada intensidad a cada llamamiento a sus instintos e ideales...» De estos instintos e ideales encontró expresión vigorosa por el lado de la acción; por el lado del arte sólo se la dieron parcial y deficiente. «Aproxímase, con todo, rápidamente la época en que al hombre de letras se le deparará la primera oportunidad en la madurez de esta vasta población para la expresión, y la literatura encontrará una voz para esta gran vida muda o fracasará completa y desastrosamente su función y su obra...»

Exponiendo después la función útil de la literatura de dar a la vida interior su expresión clara y predominante, hace el señor Mabie estas consideraciones que el lector tal vez encontrará, en muchos puntos, aplicables al Brasil:

«Necesita el pueblo americano de esta adecuada expresión de su vida. Se encuentra es-

parcido en un inmenso territorio. Sus centros industriales y sociales están separados por grandes distancias. Es el cuerpo nacional tan enorme que su seguridad depende de una vida espiritual superiormente organizada. Más de una vez afrontó el peligro de los equívocos y de los antagonismos seccionales, que se tornan posibles por la extensión del territorio que ocupa. En ningún país compacto sería posible la espesa ignorancia del carácter y de los recursos recíprocos que existía en el Norte y en el Sur antes de la guerra civil. En ningún país compacto sería posible falta de conocimiento de unos y de otros, revelada en los últimos años entre el Este y el Oeste. En un país pequeño como Inglaterra, el flujo del pensamiento y del sentimiento de la capital a las más remotas comarcas de él es tan rápido y constante, que los más separados distritos no están jamás apartados en pensamiento y sentimiento.

Pueden manifestar grandes diferencias de opinión; no pueden permanecer en la ignorancia del movimiento general de la opinión; no pueden desprenderse de la corriente del sentimiento nacional. Durante mucho tiempo habrá

en este país serio peligro de resquebrajadura entre secciones (1) que, en razón de las distancias que las separan, podrían fluctuar aparte. Boston y nueva Orleáns están casi tan apartadas como Londres y San Petersburgo; Nueva York y San Francisco están más separadas una de otra que París y Damasco. La distancia de Portland, en el Maine, a Portland, en el Oregón, es considerablemente mayor que la de Grecia a Noruega. La magistratura del Continente es traída constantemente en lenguas como una de las grandes ventajas de la República en su competencia, o para hablar en lenguaje del futuro, en su cooperación con el mundo. Dada la igualdad de otros elementos, las condiciones de superioridad territorial son también condiciones de superioridad moral; sin embargo, la amplitud del territorio nacional, como toda gran facultad, envuelve grandes peligros...»

Muestra el escritor norteamericano, con ejemplos de la historia de los Estados Unidos, que no

---

(1) Lo que nosotros entendemos por regiones es lo que aquí da a entender el señor Matie con la palabra secciones, pero en aquellos Estados federales el regionalismo es exótico.—(N. DEL T.)

son imaginarios estos peligros. Dice cómo los estadunidenses cultos conocen mejor *y más simpáticamente* Europa que su país, y cómo éste, a su vez, se ignora a sí mismo. Y prosigue:

«En estas condiciones, que son permanentes y serán comentadas en la historia del futuro, necesita intensamente el país de grandes fuerzas unificadoras; su unidad espiritual debe aparecer clara a su conciencia, y la solidaridad de su obra y su influencia en el mundo debe ser acentuada con énfasis. Dos cosas, según el señor Brunetière, embarazan una civilización más elevada de los Estados Unidos: las grandes distancias entre los centros de actividad social e industrial y el espíritu de comercialismo. Y esta sagaz generalización de uno de los más inteligentes observadores que visitaron el país en los últimos años, encuentra confirmación en el juicio de los norteamericanos mejor informados. Los más altos intereses nacionales están amenazados por la falta de coordinación de los tipos y designios intelectuales, y por la tendencia a dejar el desenvolvimiento del alma nacional en espera del desenvolvimiento de sus tierras, sus recursos minerales y su comercio. La magnitud de sus recursos materia-

les hizo de una vida espiritual, intensa y superiormente organizada, una suprema necesidad en los Estados Unidos... Es cuestión, que está en el palenque, si hemos de ser fabricantes de objetos o creadores de ideas y de ideales. Si el carácter final de nuestra civilización debe ser materialista, ocuparemos un gran lugar en el mundo moderno, pero nada haremos por su triunfo espiritual; llenaremos páginas de estadísticas en las enciclopedias, pero tendremos pequeño espacio en la historia del arte, de la cultura, de la religión. El radical idealismo del carácter americano, nos ha de preservar probablemente de la desgraciada casualidad de ser ricos sin ser interesantes o significativos; pero ese idealismo necesita de constante clasificación y apoyo... Necesita de expresión clara y dominadora...

»Y esta expresión—concluye el escritor yanqui—debe encontrarla en la literatura, porque la literatura es, en sus grandes formas, no sólo una revelación del carácter nacional, sino una fuerza para formarlo. Su influencia, aunque no computable en registros materiales, dífundese en la atmósfera que un pueblo respira. . .»

Demostrando estos últimos conceptos, termina su artículo Mr. Hamilton W. Mabie, para quien la literatura, como vimos por los fragmentos citados, es una función de la sociedad, la obra seria y grave que representa el espíritu y vigoriza el carácter nacional. Cuenta con la literatura para acabar de constituir en su vasto país, ocupado por tan diversas gentes, la unidad moral que, según parece, aún le falta. Esa fué la tarea de las literaturas en todos los pueblos y le está naturalmente reservada en los pueblos americanos. Pero, como quiera que sea, de su mismo artículo se desprende que nosotros, brasileños - o cualesquier otros americanos— poco habríamos de ganar con el conocimiento de la literatura de los Estados Unidos, aún ficticia, y ¿quién sabe?, tal vez aún menos original que la nuestra.

IV

Augusto Comte y Stuart Mill [1]

La correspondencia de Stuart Mill y Augusto Comte, recientemente publicada en su integridad, abona igualmente las altas cualidades del espíritu, del corazón y del carácter de los dos eminentes pensadores. Si se puede encontrar al segundo, tal vez un poco menos simpático que al primero, más de una sola pieza, más pontificante, más *tranchant*, más egoísta, o mejor más duro en sus ideas y en su expresión, sería incomprensión olvidar el diferente estado de alma de los dos. Uno es un simple pensador, oportunista, transigiendo, al menos *pro fórmula*, con su ambiente, en una situación

---

(1) «*Lettres inédites de John Stuart Mill a Auguste Comte,* publiées avec les réponses de Comte». París, 1899.

material envidiable, sin preocupación, a no ser vagamente teórica, de reformar y enmendar el mundo, casi impuro intelectual, emancipado como ningún hombre lo fué jamás de cualesquiera prejuicios, ni siquiera creencias teológicas, a quien el padre enseñó desde niño a no creer en Dios y en nada sobrenatural; el otro se entrega a una misión reformadora, es el creador, no sólo de un sistema filosófico, sino de una filosofía, de una sociología, de una religión, de una moral, profundamente convencido de la verdad indiscutible de su obra y de su misión personal. Y sobre todo esto, desgraciado en su familia, pobre, con preocupaciones domésticas, con la convicción que acaban por tener todos los apóstoles de una ley nueva, todos los reformadores, de que le persiguen envidiosos de su valor y temerosos de su obra.

En el fondo la amistad, ciertamente profunda y sincera, a pesar de efímera entre los dos, proviene de una equivocación de ambos, principalmente de Augusto Comte. El pensador inglés no se adhirió jamás sino a la parte puramente filosófica, mejor diría, al método en esa parte contenido de la obra de Comte. Ese mé-

todo lo admira con entusiasmo y lo acepta sin reservas. Para lo demás conserva el derecho, que Comte llamará más tarde anárquico, de tener ideas y opiniones propias. Mill llega al punto de proponer a Comte discutir sus opiniones recíprocas. Era desconocer completamente la naturaleza de este filósofo. Y el señor Levy-Bruhl, editor y prologuista de esta correspondencia completa entre ellos, pondera juiciosamente: «Comte, sin embargo, no tiene *opiniones* en el sentido en que Mill emplea este vocablo, sino un cuerpo de doctrina, un sistema. Este sistema lo construyó expresamente para acabar con el flujo y reflujo de las *opiniones* inestables, entre las cuales fluctúan los espíritus de nuestra época y que impiden consolidarse a las opiniones firmes...»

Comte consintió, sin embargo, en discutir con Stuart Mill la opinión de ambos sobre la mujer; pero en toda esa discusión, que ocupa algunas cartas largas como artículos, siéntese claramente que es una concesión que le pesa y que no cede sino en la esperanza, en la seguridad (diría mejor), de acabar por convencer a Mill de su error, de obligarle a una adhesión completa.

Impulsábale, además, la importancia extraordinaria que daba a la consideración de Mill hacia su obra, de la cual hay ejemplos abundantes en esa correspondencia, algunos casi pueriles, como la insistencia con que se empeña en que en la traducción francesa de la *Lógica* del pensador inglés no se omitiesen o alterasen las palabras de elogio con que Mill se refería a él y a su obra.

Sabido es cuán diferente era respecto a la mujer el pensar de ambos. Para Comte no puede tener la mujer otra función que la de madre de familia, sujeta al marido. Solamente por su influencia afectiva y doméstica le cabe obrar indirectamente sobre la sociedad. De Stuart Mill basta decir que es el autor de un libro favorable a lo que se llama la «emancipación de la mujer».

Mill comienza la discusión de su carta de 13 de Julio de 1843 a propósito de unas observaciones de Comte sobre sus divergencias en las cuestiones sociales, especialmente en lo que concierne a la asociación doméstica. Protestando contra cualquier sentimentalidad vana, piensa Mill que el afecto de un ente de cierta superioridad por otro subordinado, tiene algo que pensar. Es posible que en este juicio entre por mucho

su caso personal; pero juzga no poder engañarse creyendo que, para decidir cuestiones tales, la filosofía tiene necesidad de la experiencia de las mujeres tanto como de la de los hombres, y esa experiencia no la tiene aún. Desde hace muy poco tiempo comenzaron las mujeres a pensar; de menos tiempo aún comenzaron a decir lo que pensaban, y lo que es más, a declarar su experiencia de la vida. La mayor parte de las que escriben, escriben para los hombres, o por lo menos, con temor de su desaprobación, y no podemos fiarnos en el testimonio de ellas, como no podemos confiar en el de aquellas que se hallan en plena rebeldía. Parécele que la influencia sobre la vida íntima y moral de una relación cualquiera de dependencia no se puede decidir únicamente por las ideas y por las experiencias de las mujeres superiores...

Como veremos en toda esa interesante discusión, Comte asentaba su teoría de la mujer sobre el criterio biológico, y responde ligeramente a Mill que, por imperfecta que sea la biología, le parece apta, no obstante, para poder establecer sólidamente la jerarquía de los sexos, demostrando anatómica y fisiológicamente al mismo

tiempo que en casi toda la serie animal, en nuestra especie sobre todo, el sexo femenino está constituído en una especie de estado de infancia radical que le hace esencialmente inferior al tipo orgánico correspondiente... Bajo el aspecto directamente sociológico la vida moderna, caracterizada por la actividad industrial y el espíritu positivo, no debe desenvolver menos, aunque de modo diverso, estas diferencias fundamentales de lo que las desenvolvió la vida militar y teológica de las antiguas poblaciones, aunque la novedad de esta situación no haya permitido sino una suficiente manifestación de esas diferencias finales, cuando las primeras parecían borrarse. La idea de una *reina* aun sin ser *papisa,* tornóse hoy casi ridícula: tanto necesitaba del estado teológico; hace sólo tres siglos no era así... En cuanto a la imperfección necesaria de las simpatías, fundadas sobre la desigualdad, convenía Comte con Stuart Mill, y sobre esto pensaba que la plenitud de las simpatías humanas no podía existir sino entre dos hombres eminentes cuya moralidad fuese bastante para impedir toda imposición grave de rivalidad. Esta especie de unión le parecía muy superior a lo

que jamás se podría obtener entre los dos sexos. Este, sin embargo, no podría ser el tipo normal de las relaciones más elementales y comunes, cuyo lazo más enérgico es la jerarquía natural de los sexos, y, después, de las edades...

Mill le replica que comprende su pensamiento, comparando la constitución orgánica del sexo femenino a un prolongado estado de infancia. No ignora lo que muchos fisiólogos dijeron a este respecto, y sabe que no sólo por el sistema muscular sino también por la estructura cerebral; y muy probablemente por la estructura cerebral están las mujeres menos alejadas que los hombres del carácter orgánico de los niños. Pero eso no le parece decisivo. Para que lo fuese, sería menester probar que la inferioridad de los niños con relación a los hombres depende de la diferencia anatómica de su cerebro, cuando depende principalmente, si no totalmente, sólo de la falta de ejercicio. Si pudiésemos conservar nuestro cerebro de niños desenvolviéndole, sin embargo, las funciones por la educación y por el ejercicio bien hecho, ciertamente que no seguiríamos siendo niños, seríamos hombres, pudiendo ser hasta hombres superiores, aunque

presentando diferencias notables del tipo humano ordinario. No niega que el tipo moral femenino no ofrezca, en proporción media, divergencias del tipo masculino. Fisiólogos eminentes pretenden que el cerebro de las mujeres es menos grande y menos fuerte, por consiguiente, aunque más activo que el de los hombres. Debían, pues, ser las mujeres menos aptas para el trabajo intelectual continuo y prolongado, aun que más capaces que ellos de hacer mejor lo que exige una gran agilidad de espíritu. Ella sería así mejor dotada para la vida práctica y para la poesía. Correríamos el riesgo de exagerar el grado de esa diversidad real si no atendiésemos la diferencia de educación y de posición social, porque sean o no las mujeres intelectualmente inferiores a los hombres, nada en su educación estuvo dispuesto para desenvolverles la capacidad del esfuerzo intelectual prolongado, al contrario de lo que acontece con la de los hombres. Las ocupaciones diarias de los hombres exigen o permiten, en general, un trabajo seguido del pensamiento; para gran número de mujeres la continua obsesión de los minuciosos cuidados de la vida doméstica, que le distraen el espíritu sin

preocuparlo, no consiente ningún trabajo que necesite aislamiento físico o atención continua. Tampoco los hombres privados de estudios en la infancia revelan gran aptitud para el trabajo intelectual, mientras que las necesidades de su vida posterior no sustituyeren las faltas de su educación primera. En las cosas comunes de la vida en las cuales la inteligencia de las mujeres se ejerce tanto o más que la de los hombres, las mujeres, aun las mediocres, muestran, por regla general, más capacidad que los hombres mediocres. Un hombre vulgar, casi no tiene inteligencia sino en su especialidad; y una mujer la tiene para intereses más generales... Si la vida afectiva predomina en las mujeres sobre la intelectual, esto no se debe entender sino de la vida simpática. El egoísmo puro es mayor en los hombres, y si la simpatía se convierte frecuentemente en las mujeres en un egoísmo de muchas personas, lo mismo acontece con los hombres, salvo en aquellos a quienes una educación, muy rara por lo demás, desenvolvió eminentemente el punto de vista del conjunto y el hábito de considerar los efectos más generales de cualquier procedimiento. Es esto precisamente

lo que más falta en la educación de las mujeres, de modo que hasta se les cuenta como un defecto el dar preferencia al interés general, sobre el de su familia o de sus amigos. No niega que las mujeres, como todos aquellos seres cuya excitabilidad nerviosa excede a la normal, no deban aproximarse más por el carácter a los hombres mozos que a los más provectos, ni que tengan más dificultad que los hombres de primer orden en hacer abstracción de los intereses presentes e individuales; pero este defecto tiene una espontánea compensación en la carencia de otro particular a los filósofos, que frecuentemente se abstraen, no sólo de los intereses inmediatos, sino de todo interés real. Las mujeres, colocadas siempre en el punto de vista práctico, rara vez son soñadoras especulativas, y así no olvidan que se trata de seres reales, de su felicidad y de sus sufrimientos... No se trata de hacer gobernar la sociedad por las mujeres, sino de saber si no estaría mejor gobernada por los hombres y por las mujeres, que solamente por ellos...

Comte le responde sustentando su punto de vista biológico y persistiendo en asentar su teoría de la condición y destino de la mujer

sobre su inferioridad orgánica. Es larga su respuesta; basta conocer su parte esencial: «Su ineptitud característica – dice de las mujeres – para la abstracción y la concentración; la imposibilidad casi completa de eliminar las inspiraciones apasionadas en las operaciones intelectuales, aunque sean en general sus pasiones más generosas, deben continuar vedándoles indefinidamente toda dirección superior inmediata de los negocios humanos, no solamente en la ciencia y en la filosofía, como vos mismo reconocéis, sino también en la vida estética y hasta en la vida práctica, tanto industrial como militar, en que el espíritu de continuidad constituye la condición principal de un éxito definitivo...»

Cree a las mujeres tan impropias para dirigir una gran empresa comercial o manufacturera como para una operación militar; con mayor razón las juzga radicalmente incapaces de cualquier gobierno, aun doméstico y aun de la administración secundaria. En género alguno les conviene ni la dirección ni la ejecución: «Sólo son aptas para la consulta y modificación en que su posición pasiva les permite utilizar ven-

tajosamente su sagacidad y su espíritu característico de actualidad». Tampoco les encuentra aptitudes estéticas. Hace dos o tres siglos que muchas mujeres encontrábanse en las más favorables condiciones de revelarlas sin haber producido jamás nada realmente superior en música, en pintura o en poesía. Las condiciones de sujeción de la mujer le parecen dispuestas a favorecer el desenvolvimiento propio de las cualidades femeninas y facilitarle un ejercicio radiante de su dulce intervención moderadora, como espontáneas auxiliares domésticas de toda potencia espiritual y modificadoras morales del reinado de la fuerza material. Si la igualasen socialmente a los hombres perdería sus cualidades propias sin adquirir otras. Su sujeción social sería, por motivos de orden biológico y sociológico, necesariamente indefinida, porque reposa directamente sobre una inferioridad natural que nada puede destruir, más pronunciada en el hombre que en los otros animales superiores.

Esta discusión se dilató aún en muchas cartas por más de un año.

La puso punto final Augusto Comte en mayo

de 1846. De su carta resalta que no la aceptó y prolongó sino en la esperanza de reducir a Mill a su opinión... Desde que la experiencia le mostró la imposibilidad de un acuerdo entre ambos, no insistió en ella. Mill, por otra parte, había hecho muchas concesiones a la teoría de Comte; inútil es decir que éste no cedió un punto de la suya...

De esta contienda resulta vigorizarse nuestra convicción de que en todas las teorías de los filósofos hay una parte personal, que ella misma deriva del medio: nacionalidad, educación, costumbres sociales, la cual convierte a toda filosofía, por muy general y universal que se presuma, en concepto nacional. Lo que distingue a los filósofos son principalmente las idiosincrasias nacionales, a la luz de las cuales son considerados los fenómenos. De ahí las filosofías nacionales características: alemana, escocesa, inglesa, italiana, francesa.

En el fondo, la teoría de Comte sobre la mujer es la sistematización de la opinión francesa, como la de Mill de la opinión inglesa. Recordemos que discutían entre el año 1843 y 1846, cuando más extrema que hoy era la si-

tuación respectiva de la mujer francesa con relación a la inglesa. Si para Comte la inferioridad de la mujer era orgánica y, por lo tanto, sin modificación posible, para Mill, que acabó cediendo en este punto de su inferioridad biológica, era principalmente debida a la mujer y a la falta de ejercicio de sus facultades intelectuales. Es imposible no reconocer que la argumentación de Comte es más fuerte y más convincente (1), como no me parece razonable desconocer el merecimiento de la objeción de Mill principalmente, cuando si la experiencia del pasado favorece a Comte, no es lícito prever hasta dónde la del futuro conspirará contra su teoría. Es cierto que no se olvidó de oponer a este argumento de Mill, con su acostumbrada energía de argumentación, que nada impidió sociológicamente a la mujer ocupar al

(1) Así lo entiendo yo, como el autor de este libro; a pesar de lo cual, todavía he leído recientemente en una obra, por lo demás meritísima, de un político ilustre que es a la vez un médico y un literato: «Lo cierto fué que Stuart Mill replicó a su colega de un modo cumplido...» José Francos Rodríguez: *La mujer y la política españolas*, cap. IX, pág. 161. Madrid, 1920. — (N. DEL T.)

lado del hombre una situación igual, sino su misma inferioridad orgánica. El ejercicio y la educación, ¿la modificarán un día, como pretende Stuart Mill, hasta establecer la igualdad completa? Yo, por mí, confieso que no lo creo y que en este punto me inclino más a la opinión del filósofo francés. Pero lejos de mí la pretensión de decidir entre los dos eminentes pensadores.

Esta correspondencia, que muestra qué profunda y admirable amistad se puede establecer entre hombres de pensamiento, que sean también hombres de sentimiento, interrumpióse en mayo de 1847, habiendo comenzado en noviembre de 1841. Interrumpióla bruscamente Comte, no respondiendo a la ultima carta de Mill de aquella fecha. Ya conocemos, por varias biografías y noticias de Comte, la razón del enfriamiento de las relaciones de ambos filósofos, después de la efusión fraternal de una correspondencia no sólo filosófica, sino íntima, de seis años...

¿Quién fué el moralista acedo que notó que los favores obligan más a quien los hace que a quien los concibe?... La máxima cruel encuen-

tra una comprobación en el caso de Mill y Comte. Cuando éste se encontró, por su dimisión de la Escuela Politécnica, sin recursos, Mill obtuvo de dos ingleses (después fueron tres) ricos y admiradores de Comte un subsidio anual de seis mil francos hasta que cesaran las dificultades en que se hallaba el filósofo. Este subsidio fué religiosamente pagado durante dos años, cesando después. Comte era una naturaleza afectuosa, pero dominada por la convicción de su doctrina y no perdonando jamás á los que teórica o prácticamente le contrariaban. Escribió que seríamos todos juzgados por la posteridad conforme a nuestro procedimiento con respecto al positivismo, comparando su filosofía con el catolicismo. Pero ¿cuántos perseguidores y enemigos del catolicismo fueron siempre y son aún estimados y admirados? Basta el ejemplo de Marco Aurelio.

En estas disposiciones, que es preciso perdonarle pero que le hace antipático, él, proclamando su agradecimiento personal a los tres ingleses y a Mill, que suscitara su generosidad, criticó acerbamente la suspensión del subsidio que le daban, la cual violaba su teoría de los debe-

res de los ricos para con los pensadores. Mill respondióle que se engañaba suponiendo a aquellos tres sujetos adeptos completos del positivismo y, por lo tanto, obligados a contribuir a la manutención del fundador de la doctrina. Eran sólo admiradores del filósofo y de parte de su filosofía; y al contribuir así con aquel subsidio por dos años no entendían continuarlo indefinidamente. La defensa que así tomaba Mill de sus amigos no agradó, antes bien, contrarió a Comte y el resultado fué desligarse las relaciones de los dos pensadores, dejando él de responder a la última carta de Mill. Pero tal vez a eso contribuyese también la convicción, que se fué poco a poco formando en el espíritu de Comte, de que Mill no era — como él al principio había pensado—un discípulo completo y que no había logrado atraerlo al aprisco de su doctrina... Y decepcionado, su afecto a Mill, antes desbordante de efusión, transformóse en malquerencia y odio. Porque el pontífice de la humanidad era terrible para los que le desagradaban. El modo con que en estas cartas se manifiesta contra Arago, Quizot y otros, recuerda las diatribas de los panfletarios más desaforados.

«Augusto Comte—escribió en alguna parte Stuart Mill—fué, en general, injusto para con todos los que habían dejado de agradarle.» Y lo fué después con Stuart Mill, a quien en sus cartas y en su mismo *Curso de filosofía* comenzara por calificar de eminente pensador.

Oídas ambas partes, de esta correspondencia resulta la convicción de que en el caso del subsidio no es la posición de Comte la más simpática. Pero en esta delicada cuestión del dinero no anduvo él con el escrúpulo, o siquiera con el tacto deseable; debe atribuírsele menos a su carácter, por muchos conceptos caballeroso y noble, que a su doctrina. Fué el fracaso del «noble ensayo de un digno patronato sistemático», conforme califica el subsidio en su carta de mayo de 1846, lo que le irritó como una negación de la teoría de los ricos y de los pensadores, o entre éstos y sus discípulos.

V

Bolívar [1]

Este hombre, llamado Simón Bolívar, el más grande de las Américas y uno de los más grandes de la humanidad, reunió en grado eminente y en una perfecta armonía cualidades excepcionales de pensamiento y de acción.

Aplicando esas cualidades de acción y pensamiento con maravillosa energía y una actividad sobrehumana, realizó Bolívar con débiles y escasos recursos, y en las condiciones más desfavorables, un hecho tal vez sin igual en la Historia: él arrancó a una potencia, entonces el mayor de los imperios coloniales, más de la mitad

(1) Este capítulo fué traducido anteriormente por Francisco Villaespesa. Su traducción, hecha del diario *O Imparcial*, de Río Janeiro (23 de mayo de 1914), es la que se inserta aquí. (N. DEL E.)

de sus dominios; él fundó cinco naciones e influyó poderosamente en la formación de otras. Venezuela, su patria, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia, le deben a la vez la emancipación y la existencia; Argentina y Chile le deben potente y decisivo apoyo moral que las ayudó a formarse. Todas las colonias españolas de América encontraron en él, ya un valiente paladín, ya un estímulo y un maestro.

En América se le cambió su nombre, de clara estirpe española, por el título de Libertador, con el cual entra en la Historia. Si la dominación española no se prolongó en América quién sabe por cuánto tiempo; si el sistema monárquico no se implantó en nuestro continente; si las antiguas colonias nacieron a la emancipación con alguna conciencia de lo que hacían; si no se anarquizaron por completo, y si el particularismo de cada colonia cedió a un sentimiento de fraternidad continental, todo se debe al Libertador.

La correspondencia de Bolívar, lo mismo que sus escritos políticos, completan gloriosamente la imagen que nos formamos de él, al través de los historiadores. Un eminente escritor sur-americano, Rufino Blanco-Fombona, ha publicado

en París, con diligencia eficaz e inteligentes anotaciones, las *Cartas de Bolívar* y los *Discursos y Proclamas* del mismo. Por medio de estas contribuciones al estudio de Bolívar, conocemos al héroe más íntimamente. En sus obras aparece el Libertador como nos lo pintan los biógrafos: es el mismo personaje, en toda su magnífica humanidad y su espléndido civismo.

Este papel de héroe, tan difícil e ingrato, nadie lo ha representado con más gracia y valor, ni con más genio. Y cuando tuvo que escribir cartas particulares - y las escribió en gran número—o documentos de carácter político, nadie hizo derroche de mejor estilo. De los escritos del Libertador pudiera extraerse una infinidad de máximas en donde la originalidad del pensamiento no resplandecería menos que la expresión, tan vigorosa como elegante.

Uno de los historiadores ingleses de Bolívar observa—y no exagera cuando lo dice - que el Libertador es el único hombre que ha creado de la nada. Los ingleses no acostumbran la hipérbole: en último análisis, la aserción de ese historiador es exacta. En extrema penuria, careciendo de parques y de ejércitos, es decir, sin

medios de acción, Bolívar, derrotado ya una vez y mal visto en su misma patria, emprendió de nuevo y condujo a término la emancipación de las colonias americanas. Habiéndolas ya libertado les dió administraciones regulares y las gobernó él mismo, les otorgó constituciones por él en persona escritas, las organizó, en suma; y, «cansado de mandar», como lo repitió tantas veces, y predicando que «un soldado feliz no adquiere ningún derecho para gobernar a su patria», abdicó voluntariamente, en los organismos de soberanía que él mismo creara, aquel inmenso poder de que las circunstancias lo revistieron. «La única fuente legítima de todo poder humano—escribe al presidente de Haití – es el sufragio del pueblo.»

Dotado de una imaginación ardiente de poeta de la acción, potente idealista, Bolívar soñó una Confederación de los pueblos hispano-americanos. En esta grandiosa empresa el Libertador empeñó la parte viva y sana de su obra. Arranques impulsivos no lo hicieron desviar de su propósito. Nada más reflexixo que aquel proyecto del Hércules. La clara inteligencia política de que dió tantas pruebas lo traicionó, sin

embargo. La visión de epopeya que llevaba en el fondo de sus ojos se disipó más pronto que las energías gigantes que borbotaban en su alma. Caballero andante de la libertad de un mundo nuevo, fué engañado por la propia realidad. Fué engañado por aquel mismo hecho enorme y deslumbrante de la emancipación que él había querido realizar y había realizado contra toda esperanza razonable. Como creó de la nada en la guerra, creyó poder hacer el propio milagro en la paz.

Desde el momento en que aparece y durante todo el curso de su actividad revolucionaria, Bolívar es uno de los pocos espíritus, si no el único, que penetra con lúcida comprensión el levantamiento de América contra España, su trascendencia ulterior y el medio social de las colonias. Lo atestiguan claramente sus cartas, sus discursos, sus mismas proclamas. En tales documentos abundan las ideas, las previsiones, las sagacidades de sociólogo; y aun consejos y sugestiones de mero buen sentido dignos de la discreción de un Wáshington. Es de ver la perspicacia y el vigor de su pensamiento, la propiedad de su expresión, la justeza con que define o

caracteriza los pueblos sobre los cuales obra. Analiza las capacidades de cada uno de ellos, les inculca virtudes y hasta les predice el porvenir, predicción que se cumple en todos, desde México hasta Chile y el Plata.

Su ardor cívico, sin embargo, era más grande y su idealismo más exaltado que su visión de las cosas, generalmente perfecta. Ensombreciendo su clara mirada de hombre de Estado se pone en contradicción con su propia experiencia y con su propio juicio sobre aquel medio social del cual era, puede decirse, producto no natural, sino milagroso. El proyecto de confederar o unir los pueblos de Hispano-América hace más honor a su noble espíritu que a su inteligencia práctica, aunque de ésta diera pruebas en múltiples ocasiones. Esa vasta confederación debía tener su sede en el Istmo de Panamá, del cual comprendió Bolívar mejor y antes que nadie la importancia. ¿No fué el precursor de la apertura del Canal? ¿No quiso él mismo realizarla en 1822? Ya en 1815 escribía, respecto a Panamá y Centro-América.

Esta magnífica posición entre los dos mares podrá ser, con el tiempo, el emporio del Universo. Sus

canales acortarán las distancias del mundo, estrecharán los lazos comerciales de Europa, América y Asia, traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del Globo. Acaso sólo allí podrá fijarse algún día la capital de la tierra, como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio.

Los gérmenes arrojados por el Libertador no se han perdido. El pan-americanismo, «inventado» después por Blaine, en exclusivo provecho de los Estados Unidos, debe realizarse con éstos o contra éstos. Ya durante la vida del Libertador la importancia de su personalidad y su influjo fueron tales que crearon un pan-americanismo, obrando en la formación de la América emancipada, aunque en grados diferentes, desde México hasta el Río de la Plata. El señor Blanco-Fombona lo ha demostrado. Es la idea continental de Bolívar, resucitada en su gloria perenne, la que anima nuestras aspiraciones actuales de cordialidad latino-americana.

Aunque es el mayor *caudillo* de la América no es, sin embargo, Bolívar el vulgar *caudillo*, vergüenza y flagelo de nuestras democracias rudimentarias. El molde de Bolívar se ha roto. Al

revés de los que han venido después, Bolívar, noble de raza, de carácter y de educación, fué un caballero, un literato y una muy vasta inteligencia. Tenía altos proyectos y el genio para realizarlos.

Considerando sus aptitudes políticas, sus recursos diplomáticos, sus empresas militares, el vuelo y la osadía de sus concepciones y la rapidez en la ejecución de sus planes, puede afirmarse que el genio de Bolívar no era inferior al de César o al de Napoleón. Guerrero improvisado, los iguala y aun los aventaja si comparamos los elementos con que cada uno de ellos contó, las circunstancias que los rodearon y el resultado definitivo de la acción de los tres. La campaña de Carabobo, obra maestra de talento militar, rivaliza con las más famosas de Napoleón. Respecto al paso de los Andes en 1819, certifican los conocedores que es más admirable, por las dificultades vencidas, qne la travesía de los Alpes por Aníbal y Bonaparte.

Bolívar quedará siempre como uno de los ejemplos más completos de energía moral, de constancia inquebrantable, de tenacidad invencible, de virtud, en el alto sentido primitivo de la palabra.

En uno de los momentos más aflictivos de su tormentosa existencia, viéndose enfermo, abandonado, traicionado, vencido, se le acerca uno de sus amigos (el señor Joaquín Mosquera) y le pregunta:

—¿Y usted qué piensa hacer ahora?

Aquel hombre de semblante cadavérico, con su débil voz de enfermo, responde:

—Triunfar.

Y habiendo formado un ejército, en semanas, triunfa, poco después, en Junín, batalla que fué el glorioso prefacio de la victoria decisiva de Ayacucho, donde desapareció de América el poder español, victoria que obtuvo Sucre, teniente de Bolívar y ejecutor fiel de su voluntad.

Como profesor de energía Bolívar es, acaso, el más grande que yo conozco en la Historia.

En sus cartas, en la intimidad de sus pensamientos y de sus sentimientos, es donde el Libertador, al revés de la mayor parte de los heroes, nos parece más admirable y, desde luego, más amable. Esas cartas, de que el señor Blanco-Fombona ha publicado apenas un primer volúmen, son excelente y eterno comentario a

la obra colosal de Bolívar (1). Por ellas sentimos correr el escalofrío de una grande alma emotiva, vibrante; conocemos las sensaciones de aquel temperamento; vemos cálidos torrentes donde se confunden efusiones de amistad, planes de guerra, meditaciones de repúblico. Y en casi todas esas epístolas del Libertador apunta o trasciende la misma idea, la idea fija y absorbente de Bolívar: América, su América; porque él, más que en las pequeñas patrias coloniales, piensa en una gran patria, en una gran patria que sueña unida, libre, organizada, remontándose cada día hacia un porvenir magnífico.

Aquello era apenas un sueño, pero fué el sueño de su vida. Terminó con la existencia misma de Bolívar, muerto a los cuarenta y siete años, casi en abandono, aunque fiel a sí mismo y a su sueño, que nunca dejó de proclamar.

---

(1) El autor se refiere al volúmen de *Cartas de Bolívar*, que contiene el Epistolario hasta 1822. Ese volúmen fué publicado en París, en 1913, por la Casa Michaud. Un segundo volúmen, con cartas de 1823, 1824 y 1825—y con anotaciones críticas—, ha sido publicado en Madrid por la *Editorial-América* el año 1921. Pronto seguirán otros tomos de *Cartas de Bolívar*, edicion anotada, hasta 1830.—(N. DEL E).

«Pocos hombres — dice el ilustre uruguayo Rodó--, pocos hombres vivieron en el torbellino de la acción vida tan bella; ninguno murió, en la paz de su lecho, muerte más noble».

La estatura moral de Bolívar crecerá en la Historia a medida que crezcan las naciones que fundó, a medida que crezca toda esta América del Sur, cuya redención a él se debe en primer término, y de la que es la primacial figura.

VI

La Francia intelectual.

Agitando profundamente a la Francia social y política, tuvo la cuestión Dreyfus, sobre toda la vida moral del país, una repercusión acaso única en la historia de los más célebres procesos. En mal hora apartada del terreno jurídico, que era el suyo, creó una atmósfera especial de pasión donde toda la nación acabó por engolfarse. Y a la Francia intelectual cupo, por ventura, la parte principal en el movimiento de opinión de todo el país en pro o en contra del militar juzgado como traidor. La «cuestión», desde ende entonces famosa, es sobre todo obra suya, obra de los literatos, científicos, poetas, periodistas, novelistas, que después de Zola dejaron sus tranquilos gabinetes de estudio, sus labora-

torios plácidos y laboriosos para venir a la calle con sus convicciones a suscitar, inflamar, combatir o fomentar las ajenas.

Trae el título de *La Francia intelectual* un libro reciente de un nuevo escritor francés, el señor Enrique Bérenger. No es propiamente un libro, sino, como hoy es tan común, una colección de artículos sólo ligados por el pensamiento y propósitos del escritor. En ese libro, sin embargo, nótase, desde el título, la influencia de la «cuestión», influencia que en más de un pasaje de él se manifiesta y se acentúa. El señor Bérenger es evidentemente un mozo; no habrá pasado mucho de los treinta años... Es un intelectual también, pero preocupado de los aspectos sociales de la vida, como su libro anterior, *La conciencia nacional*, ya lo mostraba. Literariamente es, o se supone, un independiente, exento de prejuicios de escuelas, de influencias de camarillas, libre, equitativo e imparcial. En literatura, como en la vida, nada es más difícil que la independencia completa. Pero desearla sinceramente, y tratar de practicarla, ya es un gran mérito. Y ese lo tiene el señor Bérenger. Las tendencias de su espíritu le lle-

van hacia «los nuevos», a las tentativas que le parecen capaces de renovar el fondo y la forma de la literatura y hacer entrar en ella las emociones sociales, pero no tiene hacia los que quedaron atrás los desprecios de costumbre con que las jóvenes generaciones alardean de tratarlos. Las excelentes páginas que consagró a Zola—a Zola, escritor solamente—dicen bien cuál es de hecho la independencia grande de sus juicios y sentimientos. El Sr. Bérenger es un francés—según Michelet, por quien muestra una grande y merecida admiración—, un francés de la Francia, una y única desde Carlos el Calvo hasta el Sr. Loubet; desde Juana de Arco hasta la Revolución; desde la *Imitación de Cristo* hasta la *Declaración de los derechos del hombre;* desde *Notre Dame* hasta el Arco de Triunfo.

Y sea en la historia política, sea en la historia literaria, comprende y acepta todas sus obras y todos sus autores, sólo con las reservas morales o estéticas que su conciencia o su ciencia le dictan. Confiésase un patriota—lo cual es decir un buen francés—pero rechaza y combate el nacionalismo y los nacionalistas, que, a su juicio, querrían hacer regresar a Francia más allá

de la Revolución... Es principalmente, esencialmente, un crítico, pero ataca a la crítica y a los críticos, especialmente al Sr. Brunetière, por él maltratado despiadadamente en un artículo especial, tejido de buenas observaciones y de injustas apreciaciones, y donde el *dreyfusismo* del escritor empañó tal vez el buen juicio del crítico.

El caso Brunetière, como lo llama nuestro autor, esto es, la importancia y preeminencia que tomó el célebre crítico en los grupos más considerables de la mentalidad francesa contemporánea: en la *Revista de ambos Mundos*, en la Academia, en los salones literarios, entre los elementos conservadores de la sociedad, aun entre escritores e intelectuales de gran valer, explícase fácilmente. Es que el señor Brunetière, aparte de su indiscutible merecimiento literario, de su vasto saber en su dominio especial, de su potencia y capacidad de trabajo, cuyo resultado nunca es mediocre o banal, de ser autor de numerosos artículos de crítica penetrante y reveladora, es, según la clasificación inglesa, su carácter, esto es, una voluntad, una convicción enérgica, decidida, resuelta, valerosa, antipática tal vez, pero admirable.

Ciertamente, la cuestión Dreyfus desvarió de tal forma el juicio al poderoso escritor que él, cuya obra está toda preocupada de los aspectos sociales que obran sobre la literatura, y sobre los cuales ella reacciona, no vaciló en escribir la frase imbécil con que prohibía a Emilio Zola, novelista, intervenir en la cuestión Dreyfus, y le condenaba por eso... Por lo demás, todo su famoso artículo *Après le procés* es, en todo el rigor del término, un artículo necio, en el cual no se reconoce una sola de las eminentes cualidades de polemista del señor Brunetière. Pero, ¿a quién no extravió en Francia esta cuestión?... ¿Qué se hizo de la limpidez, de la libertad, de la independencia, del *renanismo* de espíritu del señor Julio Lemaître?... ¿Dónde está la piedad, el sentimentalismo, la compasión por los que sufren, de François Coppèe, el poeta de los *Cuentos parisienses*, el autor de una novela casi anarquista, *Le Coupable*?... A tal desvarío no podría resistir la naturaleza enteriza del señor Brunetière desde que, entrado en la reacción idealista—¡triste idealismo!—y conservadora de los últimos tiempos, se encontró arrastrado por la apretada lógica, que es una de las características de su inte-

ligencia en plena reacción. De su célebre visita al Papa data su evolución conservadora y reaccionaria, y su estupefaciente declaración de un catolicismo sin fe. Probaba eso que fuera de la crítica y de los estudios literarios, no había en el señor Brunetière, como él ingenua o vanidosamente creería, un pensador, y menos un filósofo. Esa reviravuelta del señor Brunetière poco había afectado, sin embargo, a su obra literaria, sino en desenvolver su hostilidad al individualismo, él, el más individualista de los hombres y de los críticos. Fué la cuestión Dreyfus la que completó la evolución en ese sentido y acabó por lanzarlo en la contienda a él, que había escrito la serie de necedades y *prudhommismos* (1)—no me recato de decirlo así – de su miserable artículo *Avant le procès*, y llevóle a condenar la intervención de los intelectuales en la cuestión. No podría haber mayor incoherencia. Parece que no la sintió siquiera, y formó parte de las «ligas» como cualquier Deroulède o Rochefort.

(1) Neologismo formado por derivación del tipo chistoso y cómico de Mr. Prudhomme, el tipo clásico de los lugares comunes de la obra de Henri Monnier. (N. DEL T.)

¿Qué era él, sin embargo, sino un intelectual como los que maltrataba por haber abandonado su labor literaria, sus investigaciones, sus estudios por amor de una causa que les parecía justa? ¿Un intelectual?... Menos o más que un intelectual: un cerebral, cuyo punto de vista social y moral no lo creó «la leche de la ternura humana», sino puras intuiciones de inteligencia. Porque cualesquiera que sean sus preocupaciones últimas de un socialismo católico, vago, incomprensible, indeterminado, como de hombre que quiere conciliar el dogma, la disciplina de la Iglesia, la teología de Bossuet, con el evolucionismo de Darwin, el positivismo de Comte, el idealismo protestante de Balfour, el catolicismo americano de los Gibbons e Ireland, la impresión fuerte y compacta de su obra es que es un cerebral, un puro intelectual, una razón extraña y ajena al sentimiento.

¿Qué es, con todo, un intelectual? La cosa es más fácil, como muchísimas obras, de comprender que de definir. No lo intentaré, pues. Pero de la palabra, en sus diversas acepciones y empleos, resultaría el sentido de un sujeto que en la vida no tuviese otras preocupaciones que las

de la inteligencia, y que sometiese todas las cosas al criterio de ella. Entendido así el intelectualismo—perdónenme la palabra—, excluiría el sentimentalismo y sería la más antipática y más despreciable cosa del mundo. Lo que realmente engrandece y eleva al hombre es el sentimiento, la fuente de todo cuanto pueda haber en él de grande y bueno. Ni hay en la historia de los individuos y de los pueblos nada realmente grande y útil a la especie que no lo inspirase el sentimiento. Del corazón – lo dijo profundamente el moralista francés—derivan los altos pensamientos. Tristes de aquellos que dejaron morir la flor del sentimiento al calor ardiente de su razón. Esos podrán tal vez comprender mejor la vida y el mundo, si es verdad que una y otro son sólo una lucha y una arena en que la victoria pertenece a los más hábiles, a los más fuertes, a los más desengañados. Pero, ¡ay de ellos! Se privaron de las más gratas, de las más generosas, de las más bienhechoras emociones humanas.

El cultivo exclusivo de la inteligencia, su constante aplicación al examen, al estudio y al análisis de las cosas solamente en su aspecto ra-

cional, puede acabar, y casi ciertamente acaba, por darle una absoluta preponderancia sobre nuestras facultades. Es el simple cumplimiento de una ley fisiológica. Pero no sólo del predominio del ejercicio de la inteligencia procede el intelectual, sino también de la inmoral supremacía dada al punto de vista intelectual, sobre el punto de vista moral. La creación de la llamada aristocracia intelectual, resultó de esta falsa apreciación de las relaciones mentales y morales del hombre con el mundo. Y va favoreciendo la vanidad de unos y el snobismo de otros, como la decadencia mental y moral de las altas clases sociales en las cuales, en nuestras democracias, cumple incluir a los políticos no obstante su origen plebeyo. En efecto, si los políticos no son contemplados entre los denominados intelectuales—y en todas partes son la porción menos culta del país —, es por un simple defecto de apreciación. Aplicando su inteligencia a fines excesivamente prácticos e interesados, mayor es en ellos la perversión del sentimiento que en los intelectuales de gabinete. A éstos por lo menos, les eleva, y muy frecuentemente les exta-

sía (1) la contemplación de los aspectos estéticos y desinteresados de la vida, la idealización de ella, como también la ambición de una influencia espiritual, incomparablemente más noble que la de un prestigio basado en los elementos materiales de las competencias políticas. Ni esas competencias son en ambos casos las mismas, antes bien, difieren profundamente en los móviles, en los medios, en los resultados. El incentivo de renombre, de gloria, de fama y hasta de inmortalidad, que es la principal determinante de una y sólo excepcionalmente es la causa de la otra, bastarían, con la imposibilidad de provechos materiales inmediatos y el apartamiento de los inevitables contactos degradantes de la política, para colocar la competencia puramente intelectual, cualquiera que sean sus deficiencias, en una atmósfera más elevada y más pura...

No sólo políticos, por desquitarse del menosprecio de los intelectuales, sino filósofos y mora-

(1) Aquí el crítico brasileño se permite hacer un delicado juego de vocablos que no podemos reproducir en castellano: «*A estes pelo menos eleva-os e mui frequentemente enleva-os*». (Pág. 68).—(N. DEL T.)

listas, nos acusaron de egoísmo y de indiferencia por los intereses nacionales y sociales, de falta de «ardor cívico», como dicen aquí, en su lenguaje estereotipado, los positivistas. E intelectuales hubo que no se dolieron del reproche; antes bien, hicieron de él un título de gloria. Son los estetas, los puros cerebrales, los secuaces de los predicadores del superhombre de Nietzsche y los lamentables filósofos, si sus divagaciones incoherentes, artificiales y equívocas no se hace de más con llamarlas filosofías. A la cola de éstos se pusieron algunos decadentes o decadentistas, místicos sin misticismo, religiosos sin fe, artistas cuyo cerebro pudo imaginar un arte sin contacto con la vida y con el mundo. El señor Brunetière no dejaría de atribuir el hecho (y por lo demás ya lo ha hecho así) al execrable individualismo, a quien trata como a un enemigo personal...

Los intelectuales tienen, sin embargo, perfecta razón, pienso yo, en apartarse del campo donde, a pretexto del patriotismo y otras cosas prácticas en *ismo*, se manipulan todas las transacciones y se preparan todas las capitulaciones de la conciencia; se aparejan y se acomodan to-

dos los intereses que constituyen el fondo de la vida política moderna. Los que se lo censuran confunden groseramente política, elecciones, periodismo, lucha por empleos y posiciones, el parlamentarismo, con todas sus mentiras, las ficciones desmoralizadoras del constitucionalismo, con los altos intereses humanos y sociales, cuando nada hay de común entre unos y otros. Si hay entre los intelectuales quien se aleja de esos intereses y quien siendo hombre es extraño al hombre, a ese es preciso compadecerle.

Los intelectuales franceses, los mismos que parecían no tener otras preocupaciones que sus libros, sus imaginaciones, sus estudios, sus versos, acaban de demostrar una vez más que el retraimiento de la acción deletérea de la política no es incompatible con un noble ardor humano, infinitamente más estimable que el «ardor cívico».

No es éste el aspecto del asunto que estudia en su libro el señor Bérenger. Pero el asunto se refleja sobre todo su libro. Es—ya lo he notado—un patriota y un humano. Combatiendo en nombre de la tradición humana francesa los nacionalismos, mantiene ingenua y ardiente la fe

en Francia como directora de la Humanidad, cual si tuvieran sus mejores hijos. Individualista, está, sin embargo, por la literatura y por el arte social humano, y de su libro—cuya estimación no debe, con todo, ser exagerada - sobresale la influencia en su espíritu y su sentimiento de la noble acción de esos intelectuales que se pusieron con toda su inteligencia y todo su corazón al servicio de una causa que tenía contra sí al país entero, y que a la opinión de la patria antepusieron su convicción de la justicia...

VII

El mundo romano y el Cristianismo.

(A propósito de «Quo Vadis?», de Enrique Sienkiewicz) (1)

De los recientes y exóticos novelistas es Enrique Sienkiewicz, escritor polaco, uno de los más en boga y ensalzados en Europa. Está siendo en todas partes traducido y leído con avidez y admiración. *Quo Vadis?* es el primer libro que de él leo, y, desgraciadamente, no es tal vez el más propio para apreciar debidamente a un novelista cuya reputación comienza a emparejar con la de los más afamados escritores exóticos escandinavos, rusos y hasta italianos, como D'Annunzio y Fogazzaro. No es una no-

(1) *Quo Vadis?*. «A narrative of the time of Nero. Henry Sienkiewicz». Traducción inglesa.

vela de nuestro tiempo y de nuestra vida, en la cual, con conocimiento de causa, pudiésemos apreciar las capacidades de observación del autor, sino una evocación del pasado, una narración del tiempo de Nerón, una novela histórica en acción, si no por el drama y por los protagonistas, por su acción general, por los personajes de segundo y tercer orden, por el ambiente físico y social en que se desenvuelve la acción.

Tuve ya oportunidad (perdónenme el recordarlo) de exponer mi concepto de la novela histórica (1). No es en absoluto condenatorio del género, pero tampoco le es favorable. Las dos palabras mismas, novela e historia, no se casan ni ponen de acuerdo, y o la narración es rigurosamente exacta y deja de ser novela en el sentido que todos damos a esta palabra, o admitiendo cierta porción de fantasía, por mínima que sea, cesa de ser historia. Como sin embargo, no es posible suprimir o relegar de las literaturas modernas el género híbrido llamado «novela histórica», que con Walter Scott, sus discípulos y secuaces, tuvo gran boga en la pri-

(1) Véase en este mismo libro el ensayo titulado *Historia contemporánea*.

mera mitad del siglo y aun en los comienzos de la segunda, y dejó obras memorables, debemos admitirla como lo que llamaré un hecho literario natural. Y como tal cúmplenos comprenderlo y explicarlo.

La novela no es sino la transformación de la epopeya, pasando por las canciones de gesta. Al democratizarse la sociedad, al hacerse burguesa y popular, la representación de su vida se hizo, como no podía dejar de hacerse, burguesa y popular. El romanticismo completó esa evolución, dando también el interés del drama no sólo a los altos, a los grandes personajes, sino también al pueblo, a los pequeños, a los miserables. Los poetas, poetas sin embargo, no se podían contentar con idealizar solamente la vida contemporánea. Remontáronse al pasado para cantarlo e idealizarlo, y a la vida moderna unieron la novela de la vida pasada, que procuraban penetrar con su intuición del pasado, intuición —dijo Herculano— a veces más difícil que la del futuro. Esa novela, sin embargo, aún era una forma del poema, una representación más ideal que exacta del pasado, cualesquiera que fuesen los cuidados de exactitud del escritor. Su fideli-

dad histórica era forzosamente externa, material, porque si sus personajes históricos y sus acciones púb'icas podían ser estudiados, apreciados y reproducidos, su carácter, deducido de sus actos, su naturaleza, su psicología – para hablar el lenguaje de hoy—escapábase a los más perspicaces.

Y esto no es sólo verdad de los individuos, sino de la vida pasada. Y el propio Shakespeare, a pesar de su genialidad única y de su amplia com prensión, adivinación (mejor fuera decir) de Roma, está lleno de resaltantes incongruencias. Racine dió a todos sus personajes históricos los rasgos morales de la corte de Luis XIV.

Es preciso reconocer que esa impotencia de los poetas para reproducir el pasado con la exactitud que pretendían, tenía una causa extraña a su genio: la errónea o imperfecta concepción que aun hasta la mitad del siglo XIX se tenía del pasado...

Data realmente de cerca de la mitad del siglo XIX para acá, el conocimiento exacto, en cuanto es posible, no sólo de los hechos de la historia interior, aun la más remota, sino del carácter y de la vida del individuo de las épocas

idas. Se ha llamado al siglo XIX el siglo de la Historia. Ciertamente no hizo una obra sola, sino muchas, grandes y complejas. Una de las mayores, sin embargo, será su obra histórica, que puede ser ampliada y perfeccionada, pero cuyos resultados capitales son definitivos.

Y así no es imposible que, con los nuevos elementos por él acumulados y vulgarizados, hayamos nosotros hoy adherido también la facultad de conocer el pasado en lo que pueda tener de más íntimo, de más peculiar, de más extraño a nuestro pensar y vivir. Pero respondan los psicólogos, ¿será permitido a la inteligencia humana comprender más allá de aquello que directamente observa, experimenta, compara y comprueba?... ¿Le será lícito abstraerse al punto de no transportar a otras inteligencias y conciencias, de siglos remotos y diferentes, sus propias impresiones y sensaciones? Con esta sola restricción quiero admitir que de todo lo que la erudición moderna acumuló puede el poeta, ayudado por las fuerzas intuitivas de su genio, sacar una representación del pasado, tan cerca de la realidad cuanto es posible imaginar. Y sobre todo puede—y éste es su fin al cabo—

darnos la ilusión completa de la verdad de su representación.

La novela del escritor polaco que acabo de leer influye, lo confieso, en esta mi conclusión. *Quo Vadis?*, no es propiamente lo que se llamó novela histórica, o más bien, es una novela histórica con una nueva estética del género. El ejemplar conocido a la que más se aproxima es la *Salammbô*, de Flaubert, siéndole, por más de un aspecto, superior. La que se dramatiza aquí no es una acción histórica descrita é interpretada al saber del novelista, como en la clásica novela histórica, sino un momento histórico, una época y un gran hecho de la historia de la Humanidad. El poeta es erudito, conoce a fondo el período histórico que nos representa, sabe al detalle sus aspectos individuales y generales, pero aspira sobre todo a representarnos, con el máximum de realidad, el estado de alma de la sociedad romana y de los hombres que la constituyen, en la época de Nerón, o reproducir con la máxima exactitud, no sólo las exterioridades de sus costumbres, de sus vestuarios, de sus modales, de su hablar, sino su mismo sentir, pensar y obrar. Lo que quiso fué, como un fo-

tógrafo en que hubiese también un artista, atrapar en un momento dado, rápido y fugaz, un gran hecho social, no contento con toda la exactitud material, sino con los rasgos morales que la caracterizan.

Su alta y noble ambición, única digna de un verdadero poeta, es menos hacer un cuadro histórico, técnica y eruditamente perfecto, que realizar, bajo la forma objetiva de su arte, el principal momento del conflicto solemne entre el cristianismo naciente y el imperio romano, entre el mundo antiguo y el mundo moderno. Su novela es la idealización de ese momento, del primer arranque de esa lucha, del encuentro inicial de las ideas morales que los discípulos «de un cierto Crestos» —como dice Tácito—, propagaban entre la gentualla romana con la civilización, la filosofía, la religión y el concepto social del mundo romano...

Vinicio, tribuno militar, mozo bello y rico, se apasiona perdidaménte por Lygia, joven hermosísima, a quien conoció en casa de Aulo Placio, personaje consular. Lygia o Calina era hija de un rey de Lygia, que la dió a los romanos como rehén. No respetando el jefe bárbaro el

tratado, quedó Lygia en poder del general romano, aquel Aulo, cuya mujer acabó de criar y educar en los principios del cristianismo, pues la venerable matrona era una de aquellas, aún muy raras en la alta sociedad romana, que estaban ya influenciadas por el cristianismo. Ella y el marido sentían por la joven una afección paternal. Vinicio confiesa a un tío y amigo suyo, el famoso Petronio, su amor y deseo de Lygia.

El *arbiter elegantiæ*, seguro de que los Aulos jamás entregarán a su joven pariente su hija adoptiva, no queriendo éste casarse con ella, tramó una estratagema. Conseguiría de Nerón, cuyo favorito era en ese momento, que mandase a buscar a su palacio, a título de rehén que era, a la hermosa Lygia, y de allí entregarla al joven y ardiente tribuno militar. «Así se hizo, pero Lygia encontró en palacio la protección de Actea, ex amante de Nerón, cristiana también, o por lo menos simpática a los cristianos, que la alentó. Entre el séquito de esclavos y siervos que acompañaron a Lygia desde casa de Placio, iban algunos cristianos, entre ellos una especie de gigante del Norte, Urso, su compatriota y servidor de su padre.

Nerón da una de sus célebres fiestas. En medio de la orgía Vinicio, embriagado, quiso violar a Lygia. Y su resistencia hubiera sido inútil si Urso, que vigilaba, no aparece súbitamente y no la arrebata a Vinicio. Ella, sin embargo, había sabido por éste que por orden de César le sería entregada en la tarde próxima. Resuelve evitar aquella deshonra huyendo del palacio, y no pudiendo volver a casa de sus padres adoptivos, lo cual les acarrearía la cólera de Nerón, resolvió, con Actea y Urso, que iría entre los cristianos. Urso obtuvo el concurso de éstos, y cuando era cargada en la litera de Vinicio para llevarla a su casa, la arrebata a sus portadores y la lleva al barrio miserable donde los cristianos habitan. Vinicio se hunde en una gran desesperación. Amaba realmente a Lygia, o como era el amor entonces, deseábala ardientemente. Revuélvense en él sus deseos de la hermosa muchacha y su orgullo de tribuno romano. Es preciso descubrir a Lygia y que venga para su casa. Son al principio vanas todas las pesquisas de la policía imperial y la suya. Ansiaba él tanto más poseerla, cuanto que por Actea supo que Lygia, aunque huyéndole, le amaba. Y no podía

comprender que la doncella le amase y le huyese. Logra por fin, mediante un griego que se empleaba también en estas pesquisas, descubrir que Lygia estaba entre los cristianos y que probablemente asistiría a las predicaciones del apóstol Pedro, hacía poco llegado a Roma. Con el griego y un gladiador, que debía efectuar el rapto de Lygia, va al antiguo cementerio donde se reunían los cristianos para oir al apóstol. La enseñanza del apóstol, sus palabras ungidas de piedad y de fe, tan nuevo todo para un noble romano, le impresionan. Su mente estaba llena de las acusaciones corrientes contra los cristianos, que adoraban un ídolo con cabeza de burro, que hacían encantamientos con sangre de criaturas, por ellos muertas, que envenenaban fuentes, que practicaban toda suerte de torpezas, como enemigos del género humano que eran. Lo contrario se le presenta allí; aquel viejo venerable enseña, con una gran dulzura de palabra y una fuerte y penetrante convicción, el amor y el perdón, habla de un Dios de piedad y de ternura, predica la sumisión, la resignación y la humildad. La inteligencia del caballero romano apenas podía comprender lo que oía; todo

tan extraño a su educación y a cuanto constituía su personalidad moral. Parecíale, sin embargo, que el apóstol condenaba su amor y le separaba para siempre de Lygia, a quien veía allí embebida, extática, sorbiendo las palabras del predicador.

Acabada la prédica, él y sus asalariados acompañan de lejos a Lygia y a los cristianos y penetran detrás de ella, con el intento de arrebatarla, en la casa donde se escondía en el seno de una pobre familia cristiana. Cuando lo intentan Urso mata al gladiador, y hubiera matado también a Vinicio si Lygia no se lo hubiera impedido. Vinicio, sin embargo, ha salido herido de la lucha. Es recogido y cariñosamente tratado por Lygia y por los cristianos.

En aquella atmósfera de una vida para él absolutamente tan nueva y ni siquiera sospechada, en el lecho en que yacía, reflexiona y piensa. Ya había tenido una muestra de la vida cristiana en la alta dignidad de Pomponia Grecina, la digna matrona esposa de Aulo, en la gracia casta de Lygia en el huirle, no obstante amarle, y en la escena de la predicación del cementerio abandonado; su espíritu de romano lucha aún

con los propios prejuicios. Pero ve y observa. En su misma casa tendría más comodidades; jamás, sin embargo, tanto cariño. Es Lygia su abnegada enfermera; sus coloquios tienen una rara y exquisita dulzura; acaba ella por confesarle que le ama, pero que no le acompañará aún a su casa; que sólo será su mujer cuando él sea cristiano.

Es una de las partes más perfectas de la novela el estudio delicado y fino de la penetración, en un alma romana desengañada y escéptica, de las ideas cristianas, tan profundamente no sólo diversas, sino opuestas a las suyas... Y por gradaciones casi insensibles el señor Sienkiewicz nos muestra la metamorfosis del *augustil* de Nerón, del brillante tribuno militar, en el cristiano capaz de todas las humildades. No se realiza sin lucha esta transformación. Comienza por la de su amor que, exaltándose, se hace casto y sin embargo puro, totalmente distinto del amor que conocía. Sus idilios con Lygia durante la convalecencia, son de una elevada y suave poesía...

No contaré toda la novela, que es larga y llena de peripecias. Por intrigas de Poppea, mu-

jer del César, la cual solicitara en vano a Vinicio, Nerón se pone de nuevo a perseguir a Lygia y a Vinicio, a quien antes, en un momento de buen humor, a petición de Petronio, había consentido en que casase con la doncella, perdonada por su fuga.

En busca de nuevas sensaciones de arte, el monstruo histriónico (1) manda quemar a Roma, y acusando a los cristianos de ser los incendiarios, inventa contra ellos las más crueles torturas y hace de la persecución de esos infelices una serie de espectáculos públicos... Lygia es presa. Vinicio lo intenta todo para libertarla, y por invitación, que es una orden, del César se ve obligado a asistir a aquellas repugnantes diversiones, esperando siempre con angustia ver en una de ellas a su bienamada. En el último día ella aparece — y es éste uno de los cuadros más horriblemente bellos de un libro donde abundan cuadros de esos—desnuda, atravesada de flechas y presa por ataduras en la cabeza de un toro salvaje de

(1) *Cabotino* escribe Verissimo con galicismo, pues esa palabra es adaptación al portugués de la palabra francesa *cabotin*, que no tiene en castellano correspondencia exacta sino en *histrión*.—(N. DEL T.)

Germania. Urso estaba ya en la arena, ignorante del suplicio que se le depararía. Los cristianos morían todos rezando, sin resistencia, lo que les valía las burlas de los cien mil espectadores del anfiteatro, a los cuales privaban de la sensación de lucha. Urso, sin embargo, no se contiene a la vista de su querida ama, que el toro debía aplastar al derribarse contra el suelo y contra las paredes y cuyo cuerpo abriría con los cuernos. Tírase a la fiera. Hay entre ellos una lucha terrible, un momento en que hombre y bestia parecían ambos clavados en el suelo; el grupo no se mueve, y el circo entero, de pie, jadeante, mudo y atacado de conmoción, espera el desenlace del combate.

Al cabo de unos minutos que parecen siglos, el hombre, consiguiendo torcer la cabeza a la fiera, la cree muerta en el suelo. Los espectadores se sienten arrebatados de delirio; una ovación tremenda, atronadora, unánime, llenó el circo, yendo desde la plebe a los senadores, augustates y tribunos. Urso había cogido a Lygia en sus robustos brazos y mostrábala al pueblo pidiendo su perdón. Vinicio había saltado a la arena y, cubriendo con su toga el cuerpo inmaculado de su amada,

había rasgado la vestidura y había mostrado al pueblo, implorando por ella también, las cicatrices de sus heridas de guerra. Cien mil dedos se elevaron en todo el circo en señal de perdón. Nerón, sin embargo, aún vacilaba; no hubiera querido perder el espectáculo de ver rasgar y dilacerar por las astas de un toro furioso aquel cuerpo de virgen, bello como una Venus de Praxíteles. Pensó en los pretorianos, pero el mismo comandante de éstos tenía el dedo levantado y le fué forzoso ceder al pueblo, que ya comenzaba a insultarle. Y Lygia, Vinicio y Urso dejan la arena en medio de una verdadera ovación.

El novelista polaco revela en este libro poseer las dos cualidades más necesarias en una obra de éstas: el sentimiento del pasado, la capacidad de representarlo en sus rasgos materiales y morales, y la de penetrar en las almas de los personajes históricos y pintárnoslos con la misma exactitud que si los hubiese creado según moldes contemporáneos. Hay en él un erudito forrado de un artista y un psicólogo. Sus cuadros de la vida contemporánea: las fiestas de Nerón, la casa de Petronio, con sus refinamientos de exis-

tencia, el incendio de Roma, los espectáculos del anfiteatro, las escenas de la vida cristiana primitiva, pareciéronme de una exactitud impecable y son, seguramente, de una grandeza que sólo tiene comparación en algunos de *Salammbô*. Aun los del novelista francés son, tal vez, más minuciosos y detallados, lo cual les disminuye, acaso, la impresión del conjunto. Sienkiewicz supera, a mi ver, al novelista francés en el dibujo, figuración y estudio de los personajes. Lygia es una creación más finamente acabada que *Salambó*. San Pedro es tal cual lo representa la tradición cristiana. Nerón y Petronio son dos admirables retratos. Solamente San Pablo no me pareció el duro apóstol de las gentes. Hay, incluso, una ocasión en que sus palabras no están de acuerdo con su doctrina del casamiento y de la virginidad, cuando un cristiano fanático condena el amor de Lygia hacia Vinicio.

Pero sin duda es Nerón la figura más viva de este libro. El autor, con un gran tacto de artista, no le hace un retrato al presentarlo, no lo describe una vez sola. Píntalo repetidas veces por sus actos y palabras, preséntalo en situaciones diversas, en sus mejores como en sus peores

momentos: alegre, airado, bonachón, feroz, risueño, triste, audaz y cobarde, y el conjunto que de estos diversos aspectos resulta es admirable y parece asombroso de verdad. Ya Renán, en el más perfecto, tal vez, de sus libros como obra de arte, de *Los Orígenes del Cristianismo*, en *El Anticristo*, había trazado un retrato de Nerón que quedó como retrato célebre en la historia literaria por el vigor de la pintura y por las polémicas que suscitó.

No sé si el Sr. Sienkiewicz se inspiró en Renán. Como quiera que sea, su interpretación del odioso César no difiere sensiblemente de la del glorioso escritor francés. Nerón no amaba, tal vez, el mal por el mal; era mejor que Domiciano y Calígula. Es un histrión omnipotente, un intelectual sin alma, un artista excesivamente vanidoso, un comediante loco por la gloria ruidosa de los escenarios, y sinceramente convencido de su papel. Y con éste, cobarde aun para el bien, incoherente, caprichoso, como un hombre a quien la vileza humana le había hecho todo lícito, el poder de los Césares, sólo limitado por la muerte, era casi imposible que no acabase, como acabó, por trastornarlos.

No hay naturaleza humana que resista a las tentaciones de la omnipotencia, favorecida por la villanía y la adulación de todos. Yo me imagino que un hombre como Guillermo II de Alemania, por sus pretensiones artísticas y literarias, sus veleidades de omnisciencia, su tendencia instintiva al mando y al dominio, sería fácilmente un Nerón si se le deparasen las condiciones de tiempo y ambiente de éste. La vanidad de artista y de literato, con la abnegación del pueblo romano, fueron tal vez los principales factores de la perversidad de Nerón. Cuando foragido, perseguido, va a morir sin tener por otra parte el valor, vulgarísimo en Roma, de matarse acumula citas relacionadas con su caso...

Nunca un remordimiento, ni siquiera una duda, atravesaron su conciencia. Por otra parte, siempre encontraría una razón literaria, una cita, una buena frase, una *boutade* de artista con que disculparse o explicarse. Vestir su infamia con frases es común en esa especie de gente, cuya vanidad acaba por confundir el bien y el mal. Además, Nerón era un sujeto de mal gusto, educado por un hombre de mal gusto, Séne-

ca, y viviendo en una época de mal gusto general. Esto lo puso perfectamente en evidencia Renán; y el novelista de *Quo Vadis?* lo deja claramente entender. Ahora bien: el mal gusto, según la frase ingeniosa y tal vez profunda de un admirable escritor francés, lleva al crimen...

Como quiera que sea, Nerón es abominable y tal vez no está bien que estemos aquí disculpándolo con nuestras especiosas psicologías; podíamos tal vez con eso animar a los Neroncitos, más o menos *en herbe*, que por todo este mundo existen...

VIII

John Ruskin [1]

A la edad de ochenta años falleció en Inglaterra, su patria, a 20 de enero de 1900, el crítico de arte John Ruskin.

Aplicada a John Ruskin esta calificación, no dice nada porque amengua sobremanera su papel, casi estoy por decir su misión, en la evolución estética, y (puédese añadir sin exageración) social de su tierra y de Europa toda en el siglo pasado.

Crítico de arte lo fué, ciertamente preeminente, como jamás se había sido antes de él y como será difícil serlo después de él. Porque Ruskin—y esto es su grandeza real y su dignifi-

(1) *Ruskin et la religión de la Beauté,* par Robert de la Sizeraime. París, 1899.

cación — no fué un simple esteta, sólo preocupado de belleza y de arte; un mero crítico, solamente atento a sus teorías o a la técnica, a la práctica del arte o de los artistas, cuya obra estudiaba; un literato, un teórico, un pedagogo de gabinete, un *dilettante*, sino un hombre, y un hombre de acción forrado al mismo tiempo de un esteta, de un filósofo y de un sociólogo. Trajo a la crítica de arte, con las cualidades de saber, de comprensión y de inteligencia, un profundo amor a lo bello en la Naturaleza y en la vida, y las preocupaciones humanas, que debían animar su estética haciendo de ella una fuerza de vida y de creación en vez de ser, como las otras, un conjunto inerte de teorías. Teniendo cuanto tenían sus predecesores en la crítica de arte, «la psicología de Stendhal, el humorismo de Toepffer, la técnica de Fromentin, la dialéctica de Winkelmann, el colorido de Theophile Gautier, la pedagogía de Reynold, la generalización de Taine y el repertorio de Charles Blanc», Ruskin tuvo más que todos éstos; tuvo, como nadie tuvo de un modo único, íntimo, profundo, circunstancial, el amor, primero a la Naturaleza, luego al arte y a la vida. Nadie tal vez amó jamás

como él la Naturaleza, con un amor tan intenso, tan fuerte, tan ardiente. Nadie la adoró con tanta devoción, la admiró con tanta veneración, la describió, la cantó, la dibujó con tanto éxtasis y desvelo. Toda su teoría estética, toda su filosofía del arte y de la vida, toda su emoción, puede decirse, proviene de esta fuente: su amor a la Naturaleza, que fué su maestra, su guía, su consejera...

Sus biógrafos hacen proceder este amor por la Naturaleza de su padre, que no obstante ser gran negociante de vinos era un amante ilustrado y apasionado de la Naturaleza; y una anécdota de su infancia nos cuenta que Ruskin niño, habiéndole llevado al campo, gritaba a su madre, a la vista de un bello paisaje, que los ojos se le salían de la cabeza... Su niñez transcurrió después en el campo, y de ahí que el sentimiento innato de la Naturaleza que en él había se hiciese amor y pasión que no lo debía abandonar jamás y que había de ser el inspirador de su pensamiento y de su vida. «En el jardín—confesó él más tarde—, cuando hacía buen tiempo, pasaba las horas en estudiar las plantas. No tenía la menor afición a cultivarlas

o cuidarlas, como no la tenía a cuidar de los árboles o de los pájaros, o del cielo o del mar. Pasaba mi tiempo contemplándolos. No impulsado por una curiosidad enfermiza, sino por una admiración maravillada, despedazaba cada flor hasta conocer todo lo que me fuese posible percibir con mis ojos de niño...» La vida de familia—de tan poderoso influjo en la existencia de los niños—era tranquila, fácil y sosegada. El padre hacía todos los años excursiones comerciales por el país y el extranjero. Iban en diligencia, la manera más pintoresca de viajar y sobre todo la mejor para ver el paisaje y saborear el viaje. De ella había de venirle a Ruskin su odio a los caminos de hierro, esos feroces desorganizadores de la Naturaleza y violadores brutales de su hermosura. Llegados a una ciudad o villa, acabadas las visitas comerciales de obligación, el padre de Ruskin llevábale a ver las ruinas, los castillos, las catedrales por allí existentes, y entonces leían versos, dibujaban. A los cinco años recorrió así Ruskin la región de los lagos en Escocia; a los seis Francia, donde asistió a las fiestas de la coronación de Carlos X, visitó los campos de batalla de Waterlóo, tomando notas,

haciendo esbozos, describiendo colegios y capillas, la música en Oxford, la tumba de Shakespeare, fábricas, vistas, paisajes.

Estas educaciones precoces no son raras en Inglaterra; ejemplo, Stuart Mill, que a los seis años leía a Homero. Menos raras son las educaciones al aire libre, el aprendizaje directo de la Naturaleza y de las cosas, como fué principalmente el de Ruskin, que a los diez años, entusiasmado por la Naturaleza, escribe estos versos: «Todo lo que el arte pueda hacer, nada es delante de ti... La mano del hombre levantó montañas de pigmeos y sepulcros de gigantes. La mano de la Naturaleza levantó al hombre de la montaña; jamás, sin embargo, construyó sepulcros.,.»

En este balbucear de la niñez se encuentra ya el pensamiento que en el arte y en la vida ha de ser el fundamento de la existencia de Ruskin. En esa misma edad aprende, casi a solas con la Naturaleza, Geología, haciendo colecciones de minerales, observándolos, estudiándolos, comparándolos. Más tarde, sacará de éstos sus estudios, continuados en la contemplación de las montañas, de los glaciares y de otros aspectos de la tierra, y después completados y perfeccio-

nados; elementos preciosos para sus apreciaciones de los pintores de la Naturaleza, especialmente para su rehabilitación del gran paisajista inglés Turner, el maestro que, según él, la interpretó o mejor la representó con más ciencia y conciencia, con más genialidad y perfección.

Con sus padres viajó también por Francia, por Suiza, por Italia dibujando, estudiando, contemplando las grandes escenas de la Naturaleza y las obras primas del Arte, aprendiendo las lenguas clásicas más que las modernas, extraño en los países recorridos a otra vida que no fuese la de la Naturaleza y del Arte, y escribiendo sus primeros ensayos de los quince a los veinte años (en un *magazine* científico inglés), sobre el color de agua del Rhin, sobre las estratificaciones del Mont Blanc, sobre la convergencia de las perpendiculares, sobre meteorología.

De regreso a Inglaterra de estos viajes anuales, estudiaba entonces con maestros y libros no sólo el dibujo, sino lo que era preciso para hacer de él un *scholar* (1).

---

(1) Esta palabra, muy expresiva, tiene en inglés más que la significación directa de «escolar», «estudiante», la de «estudioso», «erudito».—(N. DEL T.)

Contando apenas veinticuatro años, publica en 1843 el primer volumen de sus *Modern Painters* («Pintores Modernos»), cuyo último volumen, el sexto, no apareció sino en 1860. Esa obra es un acto, marca una fecha no sólo en el desenvolvimiento del arte inglés contemporáneo, sino en el sentimiento estético del mundo civilizado, donde existen preocupaciones de arte... Con ella inició Ruskin su carrera, podría decirse su pontificado, en todo caso su sacerdocio, completamente entregado al culto de la belleza. Cuarenta libros más, casi todos consagrados a las Bellas Artes, a la pintura, a la escultura, a la arquitectura, compendiaron con la estética la propaganda de Ruskin en pro de la Naturaleza, del Arte, de lo bello en la vida.

Los más competentes y más estudiosos de la obra de Ruskin no ocultan que, en este vasto acerbo que de ideas estéticas, científicas, filosóficas y sociales, en esta masa considerable de impresiones, de observaciones, de sugestiones, de críticas, de apreciaciones hay disparates notables, incoherencias, quizá incongruencias flagrantes. De ese aparente caos surgió ya, sin embargo, para Inglaterra y para todo el arte moderno, la

luz de una gran doctrina estética que creó el arte inglés contemporáneo y actuó profunda y ampliamente sobre todo el arte de nuestro tiempo y de nuestra civilización...

Pero la grandeza verdadera de Ruskin no está en ser un esteta; en el sentido que de ordinario damos a esta palabra nadie lo es menos que él... «El arte—dice – no es una diversión, una simple distracción, instrumento de sensibilidades mórbidas, una arrulladora del sueño del alma».

El verdadero arte, según él, no significa el arte por el arte, sino por la Naturaleza y por la belleza. Solamente que para él en la Naturaleza y en la belleza está la vida, con lo que tiene de grandeza y con lo que merece de bueno. Restituyendo el mundo a la belleza en la Naturaleza, en el cuerpo humano, en las almas, soñó Ruskin en restituirle la felicidad. Él, en su exageración de esteta, protesta contra nuestra concepción económica e industrial de la vida, y con vehemente convicción ataca nuestro progreso material, los caminos de hierro que destruyen la Naturaleza, las máquinas que envilecen al hombre y son los factores de fealdad en

la industria moderna, nuestros edificios sin carácter, sin significación.

Los economistas con sus sofismas, sus ilusiones, sus embustes, pasan un mal rato con él. «No hay riqueza sino en la Vida; la Vida abarcando toda su potencia de amor, de alegría y de admiración. Engáñanse los hombres si como niños suponen que cosas indiferentes como excrescencias de piedra azul o roja tienen valor, y si para descubrirlas gastan sumas enormes, de un trabajo que mejor fuera empleado en la extensión y embellecimiento de la vida; o si en el mismo estado infantil creen que cosas preciosas no tienen valor; o si finalmente se les figura que las condiciones de su misma existencia, necesarias para poseer y emplear cada cosa, como la paz, la confianza, el amor, deben ser trocadas por oro, hierro o excrescencias de conchas. Deberíase, en efecto, enseñar que los verdaderos veneros de la rique za son rojos y no de oro, no están en las rocas, sino en la carne, y que el gasto y el consumo final de toda riqueza está en la producción del mayor número posible de criaturas humanas de vida poderosa, de aguda vida y corazón alegre;

que entre las manufacturas nacionales, la de las almas de buena calidad puede tornarse elevadamente lucrativa. En suma, lejos de admitir que la acumulación de dinero en un país es la única riqueza, la real ciencia de la economía política debía enseñar a las naciones a hacer votos y a trabajar por las cosas que producen la Vida y a despreciar y arrasar las cosas que llevan a la destrucción»...

La riqueza, tal cual la entienden los financieros y economistas, es enemiga no sólo de las bellezas pintorescas de la Naturaleza, sino también de la felicidad social, y es, por lo tanto, ilegítima. La base justa de la riqueza es que un hombre debe ser pagado según el valor íntegro de su trabajo con la libertad de guardar lo que le sobre de sus gastos.

Si trabajando él mismo y guardando consiguió reunir dinero, tiene un derecho absoluto a esta fortuna, porque el trabajador puede gastar lo que justamente adquirió. «Solamente que no es así como se forman las grandes riquezas. Nadie se hace jamás muy rico únicamente con su propio trabajo y economía. Hay siempre un tributo del trabajo de los otros. E in-

terviene entonces una base injusta de riqueza; el poder que ejercen sobre los que ganan dinero aquellos que ya lo poseen y que lo emplean únicamente en tener más»...

Ruskin, sin embargo, en este punto no es radical como Tolstoi; repitiendo por su cuenta la condenación socialista de «la explotación del trabajo por el capital», transige, sin embargo, con el patronato y con el salario, pretendiendo sólo, como Comte, que la moral corrija los abusos del capitalismo. Al cabo, sin embargo, su doctrina social es enemiga del capital y no está lejos de la fórmula positivista, anarquista y socialista, de que el capital tiene un origen social y debe tener un destino social. La riqueza es un mal, piensa él; un país llamado rico no es un país feliz, ni tampoco bello. El culto de Memnom es tan imposible de conciliar con la justicia social, como con la belleza.

Ruskin es de los pocos que transforman sus ideas en actos y sus palabras en acción; un carácter, en toda la significación de la expresión inglesa. Esteta, poeta, crítico, sociólogo, es siempre el hombre de una completa sinceridad y de una absoluta franqueza. En el arte, en lo

que concierne especialmente al dibujo, una revista especial inglesa reconoce que Ruskin nunca enseñó lo que él mismo no hubiese practicado; es posible generalizar el concepto a toda la vida y la enseñanza de aquel de quien decía Carlyle «que ningún otro hombre en Inglaterra poseía la misma cólera divina contra la falsedad...»

Para difundir la afición a las artes entre las multitudes, este esteta, con una fortuna de cinco millones de libras, decídese a enseñar él mismo dibujo durante cuatro años en un curso nocturno de adultos; funda museos y escuelas destinadas a los obreros; dota generosamente Universidades para que instituyan y sostengan la en señanza artística, y él mismo, durante trece años, sin remuneración, profesaba en Oxford su estética y dirige o anima e incita el movimiento artístico del gran centro universitario, que, con los Hunt, los Rossetti, los Millais, los Stephans, los Hughes, los Brown, los Mason, los Burne Jones, los W. Morris, debía hacer de Inglaterra uno de los focos del arte contemporáneo y transformar en la vida inglesa, y por ella en la europea, la arquitectura, el mobiliario, la ornamen-

tación de las casas, los utensilios domésticos, la decoración, poniendo en todo una preocupación de arte.

Cuando, a pesar de su oposición, los biólogos de la Universidad introdujeron en ella la práctica bárbara de la vivisección, Ruskin dimitió su profesorado. Pero de la práctica de la enseñanza, de la propaganda oral y escrita de lo bello, del arte, pasa al dominio de la Vida. Crea en plena Inglaterra la Colonia comunista *Saint George's Gild*, y resucita en varios puntos del país las industrias de la escultura en madera, del hilado y del tejido a mano, en una guerra contra la maquinaria que mata el arte, destruye la iniciativa del artífice y deja sin trabajo al obrero.

Su acción hace que no sólo renazcan industrias artísticas muertas, sino que se creen otras. Sus libros, de los cuales él es el propio editor y cuyo producto sirve a su obra de propaganda, son objeto de arte por la composición, por la impresión, por la encuadernación. Dotó los museos, las escuelas, los institutos de enseñanza artística con cuadros originales de los grandes maestros, modelos, copias, dibujos, muchí-

simos de su propia mano. Llevó a todas partes el fuego vivo de su fé; criticó, animó, combatió, luchó, enseñó, multiplicóse en conferencias, en libros, en folletos, en obras, y creó en su país una generación ilustre de grabadores, dibujantes, ornamentadores, tejedores, en fin, artistas de todo género.

El prerrafaelismo y el neoprerrafaelismo triunfaron gracias a él principalmente. Y por sus ideas generales sobre la pintura y las artes plásticas y del dibujo, influyó también en las modernas corrientes poéticas. El simbolismo, en lo que él tiene de ameno y sano, procede también de la estética ruskiniana.

Ruskin soñó con un mundo de bondad, de paz, de amor y de belleza. Combatió la guerra, el capitalismo, el industrialismo, la máquina, el utilitarismo, todo, en fin, lo que a su parecer afeaba la Naturaleza y la Vida. Fué en arte un realista embriagado de ideal y en la vida un hombre de su pensamiento y de su obra, sabiendo unir sincera y valerosamente la acción a la palabra. Puso al servicio de sus ideas el mejor lenguaje de la prosa inglesa, según el juicio autorizado de Federico Harrison, un lenguaje

cuya ciencia de la melodía y de la cadencia «no tiene rival en toda la literatura inglesa». Fué, en fin, un gran artista, un gran escritor, un gran hombre.

La utopía ruskiniana no se realizará tal vez nunca; pero una utopía es, como dijo Víctor Hugo, una cuna; esto es, un anuncio de vida. La que ya brotó de la obra de Ruskin es considerable y bella; fragmentos de su sueño, de Belleza y de Ventura, se han de desvanecer y perderse; otros, sin embargo, han de vigorizarse, florecer y fructificar. En todo caso, la contemplación de la obra de Ruskin es un bello espectáculo y el Maestro enseñó que *a thing of beauty is a joy for ever* («una cosa de belleza es una alegría para siempre»).

IX

Un país extraordinario: los Estados Unidos[1]

La impresión que mis lecturas me dejaron de los Estados Unidos y que el libro del señor Oliveira Lima confirmó, es de algo extraordinario, nunca visto, único, nuevo. Extraordinario y maravilloso, lo dice todo. Yo me imagino que la contemplación de este país singular por gente como nosotros, sin su vigor, su energía, su espíritu de empresa y de lucha, su actividad febril y su desaforada ambición, debe causar un deslumbramiento que ha de quitarnos por fuerza la calma para juzgarlo con lucidez. O nos subyuga y domina, y entonces todos admiramos sin restricciones y tal vez sin reflexión, o

(1) «*Nos Estados Unidos: Impressoes politicas e sociaes*, por Oliveira Lima, da Academia Brasileira». F. A. Brockhaus. Leipzig, 1899.

nos ofende nuestros hábitos y nos ofusca el ánimo y nos da, pues, deseos de negar y deprimir. Una opinión media sería difícil de tener, al menos en los primeros contactos con esa nación singular. Pero aun el mejor medio de acertar, de comprender ese país extraordinario, es tal vez ponerse al diapasón de él y tener por él el entusiasmo y la admiración que él a sí mismo ingenuamente y de buena fe se consagra. La simpatía es también una condición de comprensión e inteligencia. Como los hombres extraordinarios, también los países extraordinarios necesitan tal vez de indulgencias extraordinarias en el modo con que habemos de juzgarlos.

Si así es, el señor Oliveira Lima se colocó en el punto de vista conveniente para ver y apreciar los Estados Unidos. Es evidente que sufrió también el deslumbramiento; pero pasado éste, le quedó viva y fuerte la admiración y hasta el entusiasmo. Pero el señor Oliveira Lima (1) es un observador y un observador inteligente y de

(1) En esta misma Editorial-América, en la Biblioteca de Ciencias Políticas y Sociales se ha publicado un hermoso libro del señor Oliveira Lima: *La evolución histórica de la América latina*, traducido por Don Carlos Pereira. (N. del T.)

buena fe, incapaz de esconder que en el sol hay manchas. Solo que no le parecerán tan grandes y sensibles como a otros se figuran. Está conquistado por el optimismo yanqui, y esas mismas le parecen fáciles de ser deshechas y apagadas. Pero de su excelente libro resulta al final el sentimiento de que es verdadera y exacta su visión de los Estados Unidos. Esa impresión, sin embargo, no es sólo visual y de refilón; el señor Oliveira Lima no sólo vió y observó, sino que estudió su asunto y lo hizo más interesante para nosotros brasileños, más práctico, más útil, por la comparación y aproximación entre nuestras cosas y las yanquis.

Y en efecto, uno de los caracteres de su libro es ser—como gustan y practican los anglo-sajones en asuntos tales – un libro práctico, un libro de ideas, de observaciones, de sensaciones, pero todo apoyado sobre hechos; el mejor manual existente en portugués para conocer los Estados Unidos. El señor Oliveira Lima es, por lo demás, uno de los nombres preclaros de las letras brasileñas contemporáneas; uno de sus obreros más laboriosos, más serios y más competentes. En estos últimos cinco años dió tres libros de

real valor: *Pernambuco: su desenvolvimiento histórico*, el titulado *Aspectos de literatura colonial brasileira*, y éste sobre los Estados Unidos, a más de estudios y ensayos diversos publicados en la *Revista Brasileira* o sueltos. Colaboró en un *Manual dos Estados Unidos do Brasil*, en vía de publicacion para la Oficina de las Repúblicas Americanas, de Wáshington; tiene dispuesto el *Elogio de Varnhagen*, su patrono en la Academia brasileña, y prepara una historia de nuestro romanticismo y un estudio sobre Don Juan VI en el Brasil (1).

El maravilloso progreso, que ya no es sólo material, como aún a muchos se les figura, sino también mental, de los Estados Unidos, es debido a causas diversas, de las cuales tres, sin embargo, son acaso las principales: la raza nueva, fuerte, enérgica y numerosa; la condición social de los primeros emigrantes de Nueva Inglaterra, y los mismos motivos que les indujeron a emigrar; la inmigración posterior, el aprovechamiento completo del país por su población. Si las

(1) Después de escrito este ensayo el señor Oliveira Lima publicó *O'Reconhecimiento do Imperio*. 1901.—(N. del A.)

dos primeras causas explican el vigor moral con que se formó la gran nación, la virtud que sirvió de base a su construcción, y que aun hoy sirve de mampara a la corrupción que la amenaza, bastaría tal vez la tercera, como hasta publicistas yanquis lo reconocen, para explicar su prodigioso desenvolvimiento material, lo cual, más que otros aspectos de su vida, asombra en ella al mundo. «La grandeza de los Estados Unidos—dice el señor Oliveira Lima—ha sido, como es corriente, constituída por la considerable inmigración europea, a más del genio activo e inventivo de la propia raza colonizadora. Y, en efecto, se advierte a la primera intuición que el progreso de regiones vastas y nuevas, como son las yanquis, depende, casi exclusivamente, de su explotación (como dicen nuestros ingenieros), y que ésta no se puede hacer sin gente, y que la población de estos extensísimos territorios es, pues, una condición *sine qua non* de su desenvolvimiento. Esto no se escaparía a la inteligencia del señor La Palice, o de nuestro Canónigo Felippe (1); no parecen, sin

(1) Tipos de la literatura francesa y brasileña equivalentes a nuestro popular Pero Grullo.—(N. DEL T).

embargo, advertirlo nuestros políticos, imbuídos tal vez, mal de su grado, de los viejos prejuicios portugueses contra el extranjero, desenvueltos aquí en las luchas contra franceses, ingleses, españoles y holandeses, y empeorados por el odio del indígena al forastero. Sabido es que ese odio, aún no hace cincuenta años, alcanzaba en nuestras provincias al mismo natural de otras, y el *barrismo* (1) es un fenómeno vivo en el Brasil. Los Estados Unidos hicieron, por el contrario, todos los esfuerzos y sacrificios para tener inmigrantes, y después para asimilarlos y transformarlos en yanquis, primero por su fuerte y sólida organización de instrucción popular; después por el tratamiento igual que le dieron, haciéndole intervenir apenas desembarcado en su vida política. Aún hoy cuenta el señor Oliveira Lima en el prodigioso movimiento de reclamo electoral que allí se hace preparatoriamente para la elección de Presidente: se publican folletos, opúsculos y anuncios en todos los idiomas, para embaucar también a los

(1) *Bairrismo*, escribe el autor, derivado de *bairro* (barrio), y ya me atrevo a adaptar la palabra portuguesa a nuestro equivalente castellano.—(N. DEL T.)

electores que no saben inglés. «La inmigración, afirma el escritor, ha sido el nervio del progreso yanqui, no sólo por lo que dice respecto al aumento de la población y a la posibilidad para ésta de conservarse apartada de mezclas degradantes (se refiere el autor al contacto con los negros y otras razas inferiores) como por lo que toca a la diseminación civilizadora y a la adoptación entusiástica por los forasteros de la nueva patria...»

En medio de esa población, que a principios del siglo XIX apenas alcanzaba cuatro millones de habitantes, y que llega hoy a cerca de setenta y cinco millones, unos ocho millones hay que, a pesar de la constitución enmendada y de las leyes, jamás se pudieron fundir en la masa de la población blanca; jamás ella los quiso asimilar o incorporar y que, a despecho de sus universidades, de sus escuelas de todo orden, de sus bibliotecas, del progreso intelectual y moral que puedan haber hecho, continúan aún acampados en medio del pueblo yanqui, que los odia, los desprecia y los repele. Son los negros y sus descendientes, hasta la cuarta, quinta o décima generación, cualquiera que sea, en suma

la dosis, aún infinitesimal, de sangre africana que tengan. Nosotros, brasileños, casi no logramos comprender ese sentimiento. La verdad es, sin embargo, que es allí intenso, y lo que es más, creciente; y por decirlo así, tan palpable que ni un sólo observador de las cosas americanas deja de sentirse impresionado por él y por sus efectos, y de ocuparse de la cuestión por él creada allí, la cuestión del negro.

De ese problema trata en un capítulo especial el señor Oliveira Lima, y es curioso que siendo brasileño, seguramente sin los prejuicios de raza que aquí, aun cuando existan, son superficiales e insignificantes, el observador entró tanto en el punto de vista americano, sufrió tanto la influencia del ambiente, que no se escandaliza en modo alguno, antes bien, acepta como naturales y formales los términos en que los yanquis han puesto la cuestión...

No le parecen repugnar siquiera los atroces linchamientos con que los blancos del Sur castigan, no sólo los crímenes o simples delitos de los negros, sino hasta su terquedad de aceptar o pretender cargos públicos, confiados en las leyes, contra la voluntad de los blancos, y ejercer

cualquier función pública. Y así escribe tranquilamente en un apéndice de su libro: «Los dos elementos no pueden existir aquí con atribuciones y destinos iguales; uno ha de mantener a otro en dependencia y el vencedor ha de ser indiscutiblemente el elemento blanco, disponiendo de más inteligencia, más experiencia, más decisión y más recursos. En ese día desaparecerán por innecesarias las atrocidades de los linchamientos, producidos por la incertidumbre en el futuro, y en último análisis, por el temor de sacrificar los intereses de la civilización de origen europeo». No noto el estado de alma del señor Oliveira Lima en esta cuestión para censurarlo, sino para demostrar hasta qué grado se compenetró de los Estados Unidos, y al mismo tiempo, cuál es la fortaleza e intensidad del sentimiento yanqui en la cuestión del negro para captar la opinión de los extranjeros menos dispuestos, por educación y hábitos nacionales, absolutamente contrarios a participar de él.

Poco antes de leer el libro del señor Oliveira Lima, había yo leído en la revista inglesa *Nineteenth Century* un artículo sobre esta cuestión: *The American Negro and his place*, que me pare-

ce en su concisión la más clara, la mejor, la más exacta y la más concluyente exposición del problema negro en los Estados Unidos de cuanto sobre el asunto conozco, sin excluir el libro ya clásico de Bryce. Y su autor, una mujer, Miss Elizabeth L. Banks, que estudia el caso con la indiferencia, la calma y la imparcialidad de un naturalista que estudia un mineral, concluye que no hay lugar en los Estados Unidos para el negro y la gente de color, aunque ésta sea ya perfectamente blanca y le disfracen la raza rubios cabellos y ojos azules. Una novela, *Madame Delphine*, de uno de los más reputados novelistas yanquis, George W. Cabble, ya me había dado antes esta impresión que el artículo tan documentado y evidente de Miss Bank transformó en convicción.

Otra no es, a pesar de las diferencias de exposición, la conclusión del señor Oliveira Lima. Yo dije que lós Estados Unidos se apoderaron de él y cité, como prueba, su juicio absolutamente verdadero, desde el punto de vista yanqui, en esta cuestión del negro. Y repito que si no fuera así tal vez no hubiera compren dido el país extraordinario que observó con tan-

ta sagacidad y sin rebuscadas psicologías. Pero por otro lado eso le quitó (rara vez, es cierto) la libertad espiritual en el juzgar de los propios hechos norte-americanos y de algunos nuestros. Así parece lamentar que con respecto al negro no hayamos procedido como los yanquis: «La indulgencia de nuestras opiniones y la negligencia de nuestras costumbres -escribe—impídennos hostilizar al negro en cualquier terreno, como en el de la mezcla de razas. No sería en el Brasil donde podría decretarse y ejecutarse una ley como la que prevalece en varios Estados del Sur de la América del Norte, prohibiendo los casamientos entre personas de diferente color». Mal que pese a los que comprenden de más a los yanquis, debe el Brasil congratularse de eso. Mejor que yo sabe el perspicaz historiador de Pernambuco que no era posible siquiera que en el Brasil la cuestión del negro no se resolviese inmediatamente, aun antes de surgir, por las mismas condiciones de nuestra evolución histórica y social.

Estoy convencido, con el señor Oliveira Lima, de que la civilización occidental sólo puede ser obra de la raza blanca, y que ninguna gran ci-

vilización se podrá elevar con pueblos mestizos.

Quiero hasta creer que hasta la civilización de los Estados Unidos debe su rápido y seguro desenvolvimiento a su pureza étnica; pero pregúntome a mí mismo si para obtenerla con el avance de un siglo valía la pena de sacrificar millones de seres humanos y reproducir, ya al acabar el siglo XIX, en medio del escenario de la más moderna y más elevada civilización, con una Biblia en la mano o en el bolsillo y el nombre de Dios en los labios, los rasgos más crueles de que los civilizados, esos mismos yanquis, acusan horrorizados a los habitantes del Dahomey y otros bárbaros africanos, y de que hace poco culpaban en Cuba a los españoles de Weyler (1). Un yanqui, claro es, no comprenderá estas palabras, porque su sentimentalismo práctico, mercantil, como es de hecho el fondo de su carácter, sólo lo aplica al sabor de sus intereses. No hay temor, como supone esta vez con menos inteligencia el señor Oliveira Lima, de que surja el problema negro en el Bra-

(1) Cuando el autor escribía este estudio en 1902, estaba relativamente reciente la guerra de Cuba y nuestro desastre colonial.—(N. DEL T.).

sil. Antes de surgir fué aquí resuelto por el amor...

El cruzamiento quitó al elemento negro toda importancia numérica, diluyéndolo en la población blanca. El mulato quiere aquí ser blanco desde la segunda generación y el blanco mismo, aun sin dejarse engañar, y salvo excepciones insignificantes, lo recibe, lo estima, se vincula con él. La mezcla de razas, tendiendo, como aseguran los etnólogos y puede a primera vista parecer exacto, a hacer prevalecer la raza superior acabará forzosamente, en plazo más o menos corto, por extinguir aquí la raza negra. Ya eso va aconteciendo evidentemente, y cuando la emigración, que pienso que es el problema capital del Brasil, sea numerosa, apresurará con mezclas nuevas que aquí se hará siempre la selección... Mientras en los Estados Unidos ocho millones de negros parecen a sus nacionales blancos un peligro y una amenaza, contra la cual sólo se les ocurren medios violentos de defensa, aquí nadie se preocupa de ellos, que desaparecen sencillamente por el crecimiento de la población blanca, no pura en su mayoría, es verdad, pero cuya mezcla vagando también por

el lado blanco y aproximándose cada vez más, según la regla de la antropología, al tipo superior. Sin ningún prejuicio patriótico, pienso (en verdad tengo razones personales para ello) que, más lenta que la yanqui, nuestra evolución es bajo este aspecto más justa y más humana, si puedo decirlo así. Aun en los duros tiempos coloniales, no dividimos jamás la humanidad en dos partes...

Otro aspecto interesante de la evolución norteamericana en los últimos veinte años es el desarrollo del catolicismo en los Estados Unidos. Dedícale el señor Oliveira Lima un capítulo. Los Estados Unidos son la tierra de las religiones; ciento cuarenta y cinco sectas existen allí y se disputan recíprocamente la clientela de las conciencias. De ellas es hoy la católica la más numerosa, con cerca de nueve millones de adeptos, más de cien mil sacerdotes y cerca de quince mil iglesias. El catolicismo allí se adaptó a las condiciones del país; no sé si podría decirse hasta que se modificó conforme al ambiente. Por otra parte, las religiones, productos sociales, se forman a imagen de las sociedades en que nacen o que las adoptan. El mismo catolicismo es el

más flagrante ejemplo de eso. Lo que debe al mundo greco-romano es más tal vez de lo que procede de Judea. Gran diferencia separa al catolicismo alemán del ibérico, o al inglés del italiano o del francés. Pero en Europa, por virtud de la menor diferencia en el aspecto general de las naciones, formadas por una civilización sin profundas divergencias, esa discrepancia es en todo caso menor que entre el catolicismo yanqui y cualquier otro del mundo católico. Al señor Oliveira Lima le parece «sin sombra de duda» que el catolicismo yanqui «es el catolicismo del futuro». Y da la razón. «Los Estados Unidos son el punto donde la doctrina romana, diecinueve veces secular y esencialmente progresiva en su inmutabilidad, preséntase menos veteada de reaccionismo, más liberal y más evangélica; en una palabra, más *cristiana*».

Puede ser que tenga razón el escritor, pero a mí no se me figura justa su concepción del catolicismo liberal y progresivo. Escribe también el señor Oliveira Lima: «El verdadero catolicismo debe igualmente progresar en las democracias porque es la religión de los humildes y de los pobres...» Tampoco me parece exacto.

El verdadero catolicismo no es otro que el que define la Iglesia de Roma, esto es, el Papa, y ese no es liberal ni progresista; y aparte las encíclicas a que alude en otro fragmento el señor Oliveira Lima, del pontífice actual (1), por lo demás anodinas, sobre la cuestión social, no es tampoco la religión de los humildes y de los pobres, o no lo es más que otra cualquiera. Para él pasaron hace mucho los tiempos de San Francisco de Asís y de San Francisco de Paula. El catolicismo liberal es sólo un recuerdo, mal visto por la Iglesia, que no cesa de condenarle, por los ortodoxos. La tentativa de Lamennais, de Lacordaire, de Montalembert y otros espíritus grandes, pero extraviados según el parecer de la Iglesia, fracasó por completo; ni la Iglesia (y esta es aún su fuerza) admite otros intérpretes de su sentimiento sino ella, que dió el mejor compendio de su doctrina en el *Syllabus* de Pío IX. Y a pesar del ingenio florentino, del talento diplomático, del aspecto político de León XIII, lo que gobierna a la Iglesia es la famosa encíclica de

(1) Cuando se escribió esto era pontífice de la Iglesia León XIII, el papa de la cuestión social y de la *Rerum novarum*.—(N. del T.)

8 de diciembre de 1864 El catolicismo tendría horror a aquel *más cristiano* del señor Oliveira Lima; bástale a él ser católico y todas las tendencias del catolicismo americano que, no sin motivo, tanto admira el escritor, huelen a herejía (1).

El catolicismo europeo, el catolicismo latino, sobre todo, que es de hecho el verdadero catolicismo, el que se integra en el temperamento, en la propia índole de la raza llamada impropiamente latina, y forma cuerpo con ella, por decirlo así, le es manifiestamente adverso; no lo comprende siquiera. Cuando los americanos o clérigos franceses inspirados por ellos, pretendieron llevar a la futura exposición de París, como un *clou* ofrecía a la admiración de los palurdos, una repetición del famoso Congreso de las religiones que en Chicago concurrió con otras maravillas de invención yanqui, fueron generales las protestas del catolicismo francés, y la idea extravagante murió en germen . . .

En la misma corriente de opinión contraria

(1) Y como tales fueron condenadas más tarde por el propio León XIII y *recondenadas* y anatematizadas, junto con otros nuevos extravíos de católicos franceses, por Pío X en la Encíclica *Fascendi.* – (N. DEL T.)

al catolicismo americano, publicó este año un miembro del clero francés, el canónigo Delassus, un libro al que dió el título muy significativo de *L'americanisme et la conjuration antichrétienne.*

Con respecto a ese libro escribe un colaborador de la célebre revista católica de crítica, *Polybiblion*: «Sujetos hambrientos de reclamo, y poquísimo instruídos en teología, para comprender el verdadero alcance de sus ideas, se esforzaron por amenguar las santas exigencias de la religión católica a las vulgares ambiciones de un naturalismo y de un liberalismo filosófico mal disfrazados. Era tanto mayor el peligro cuanto que, incrédulos e impíos, siempre al acecho de lo que puede debilitar a la Iglesia, gustosos de estos avances, hechos con gran barullo de su lado, alentaban el imprudente movimiento por mil reclamos de la prensa cotidiana, de los entusiasmos ficticios de algunas revistas mundanas y de las seducciones de sus fáciles elogios. De diversos lados partió el grito de alarma: primero, de aquellos que habían comprobado el mal *de visu*, y se habían aproximado a los protagonistas del error nuevo; después,

por otros teólogos, que no podían concebir los progresos de las doctrinas anticristianas, mostrándose a plena luz, desvergonzadamente, sin provocar reprobación suficiente. Después de una larga y paternal paciencia, impresionóse finalmente el Santo Padre, y por una carta magistral, en la cual su firme voluntad se vela bajo los términos de la mayor caridad, condenó las temerarias doctrinas...»

He ahí lo que es de buen católico, y bien significativo, contra el catolicismo yanqui. Lo demás es americanismo con su fuerte individualismo, absolutamente contrario al espíritu del catolicismo; su amor de la libertad, su tolerancia, antipáticos también a ese espíritu. El liberalismo católico, como decía el Cardenal Nina a Pedro Froment, en la *Roma* de Zola, es literatura, pura literatura.

Los yanquis (es una observación exacta hecha por el señor Oliveira Lima) no temen las experiencias y las hacen siempre de buena fé, concienzuda y confiadamente. Los jefes de la iglesia católica yanqui, en una obra que tiene su grandeza, hecha con entusiasmo y con sinceridad, creen ingenuamente en la pureza ab-

soluta de las propias intenciones. Contagiado de su optimismo, el señor Oliveira Lima cree como ellos y pronostica al catolicismo americano amplia victoria sobre las múltiples sectas del país. A mí me parece que lo contrario sería la verdad y que el catolicismo yanqui prepara un nuevo cisma, en cuanto un Papa más católico que político, un Pío IX, por ejemplo, se siente en la cátedra de San Pedro y quiera poner trabas a su individualismo y a sus innovaciones.

Leyendo el interesantísimo capítulo del señor Oliveira Lima, se siente la profunda diferencia entre ese catolicismo y el latino, el verdadero, pienso yo, y se descubren los gérmenes de las disociaciones futuras e inevitables.

No son menos interesantes las partes del libro sobre el pueblo yanqui, sobre la influencia de la mujer, sobre la sociedad, sobre la literatura, sobre la política interior, es sobre otros aspectos de la vida americana. Todos ellos nos revelan un mundo nuevo, no parecido en manera alguna al nuestro ni a los que nos son más familiares; todos ellos nos muestran una sociedad profundamente diversa de la nuestra, do-

tada de una savia de vida material y moral, como ni siquiera podemos imaginar. El escritor vió bien aparente contradicción del carácter yanqui: práctico e idealista, mercantil y místico, codicioso y liberal, ávido y generoso...

Hay a veces en él (ya lo observé) exceso de optimismo y de benevolencia. Así cuando atenúa, pues no la oculta, la profunda y amplia corrupción de la política y de la administración yanqui, o cuando admite que esas colosales fortunas que allí se forman y que están creando un nuevo feudalismo *sui generis* en esa República modernísima, puedan no ser solamente el producto de estafas y de una rapiña organizada en grande. Ni pueden ser otra cosa; tales riquezas no las acumula jamás el trabajo honrado, aun servido por una infatigable actividad, cualesquiera que sean las facilidades del ambiente. Como las de los barones medioevales, esa opulencia es necesariamente hija del robo y de la violencia. «Y yo pregunto a los economistas políticos, a los moralistas, si ya calcularon el número de individuos que es forzoso condenar a la miseria, al trabajo desproporcionado, a la desmoralización, a la infamia, a la ignoran-

cia crapulosa, a la desgracia invencible, a la penuria absoluta para producir un rico...»

Quien hace esa pregunta, no es ningún socialista ni anarquista, sino un gran poeta amoroso y lírico, que también fué diputado, senador, ministro, buen monárquico y moderado liberal, el divino Garrett. ¿Qué diría si pudiese adivinar, en el triste Portugal, las futuras riquezas de los *nababs* americanos, apenas soñadas en *Las mil y una noches?*...

País decididamente extraordinario, maravilloso, hasta monstruoso, los Estados Unidos son también el país de los más estupendos contrastes de opulencia y miseria, de virtud y deshonestidad, de alta y difundida cultura y de sencillez popular, del más áspero trabajo y del goce más intenso, del mercantilismo desalmado y egoísta y de las mayores y más raras manifestaciones de altruísmo y de solidaridad humana y social; ciertamente, el campo de la más bella, y hasta ahora de la más bien lograda experiencia, que la Humanidad ha hecho en los últimos siglos...

X

Eça de Queiroz

La primera vez que le vi fué en Lisboa, hace precisamente veinte años, en el salón del Teatro de la Trinidad, donde se celebró una función literaria en beneficio de la familia del escritor Santos Nugareth, que al volver del secretariado de la India portuguesa falleció en el viaje, dejando a su familia en extrema miseria... Se presentó al lado de Ramalho Ortigâo, como en el frostispicio de *As Farpas*, alto, largo, menos flaco de lo que había de quedarse después, elegantemente vestido a la inglesa, su monóculo fijo entre la nariz de águila y el ojo bien abierto y penetrante, imponiéndose a mi juvenil admiración palurda, de provinciano brasileño recién llegado...

Reconocíle a él y a su *fidus Achates* al través de las caricaturas de Bordallo del *Antonio María* y del *Album das Glorias* (1). Su nombre figuraba en el programa del sarao, sin indicaciones de la parte que tomaría en él. Él y Ramalho estaban en pie, junto a la pared lateral del salón, a la derecha del extrado destinado a los actores de aquel festejo de beneficencia literaria. Uno con sus grandes lentes, otro con su amplio monóculo, inspeccionaban la sala.

Noté que la entrada de Eça había despertado la atención general; y las mujeres, que eran numerosas y de la alta sociedad lisbonense, le examinaban con una curiosidad especial. Decididamente el autor de *El primo Basilio* les excitaba aquel sentimiento bien femenino. A mi lado una señora, fijando en él los gemelos, dijo a otra con aquella voz dulce y cantada de las *lisboetas:* «¿Sabes? Eça también habla...» Y la otra,

---

(1) Raphäel Bordallo Pinheiro, cuyo nombre se ha dado hoy a una plaza muy próxima al teatro de la Trinidad precisamente—plaza que de antiguo se llamaba *Largo da Abegoaria*—, es un formidable caricaturista, uno de los más ilustres artistas de Portugal en todos los siglos.—(N. DEL T.)

consultando el programa con leve conmoción en la voz, como recelosa de la tesis que hubiera escogido, replicó: «¿Qué irá a decir?...»

Pero Eça de Queiroz no habló; su nombre en el programa era una mentira piadosa de los organizadores de la fiesta; un acicate para ganar algunas libras más para los huérfanos de Santos Nazareth... Hablaron o recitaron versos otros, entre los cuales recuerdo Pinheiro Chagas, Antonio Cándido, Fernando Caldeira, Gonçalves Crespo, arrastró verdaderamente al auditorio diciendo, como nunca antes ni después lo oí recitar, *La Respuesta del Inquisidor* y *La Muerte de Don Quijote*...

Eça de Queiroz observaba y guardaba en su retina la imagen de aquel sarao que, reproducido por su humorismo y adornado por su ironía, había de ser una de las páginas más deliciosas de *Os Maias*.

Le vi después muchas veces en Lisboa mismo, y nueve años más tarde, en París; ya entonces más flaco, más huesudo, como más cansado, conservando, sin embargo, a despecho de su ligera curvatura, el aplomo de su frente inteligente y la flúidez penetrante de su mirada, que

a veces algún pensamiento íntimo amortiguaba.

Admirándole, no quise jamás conocerlo personalmente, por esa especie de pudor indefinible que nos aparta de las personas admiradas y queridas en silencio... No puedo, pues, dar de él sino mis impresiones de lector suyo, y esas mismas siento que no tienen la precisión, que sólo una lectura reciente y repetida, podría tener...

Después del período de Renacimiento, que tuvo por principales factores a Herculano, a Garrett, y a Castilho, aquellos dos dignos verdaderamente del mando y éste solo un rapsoda de segundo orden, pero un subjefe cuya influencia fué. en Portugal y aquí enorme e indiscutible, volvió la literatura portuguesa a la insipidez de principios del siglo. De ella salió hacia el año 60 con la reacción del movimiento llamado de Coimbra...

Este movimiento, al mismo tiempo negativo y positivo, crítico y creador, cualquiera que sea el valor de sus principales autores, y hasta de sus obras, fué de fecundos efectos para la literatura portuguesa contemporánea... De él procedió el mayor novelista portugués de todos los tiempos: Eça de Queiroz...

No sé de él minuciosidades biográficas, pero creo no equivocarme diciendo que entró en la liratetura con *El Misterio de la Carreter a de Cintra* y con *As Farpas*, hechas ambas en colaboración con Ramalho Ortigâo. Lo que distingue al *Misterio* en la parte que sabemos que le pertenece (y no necesitábamos que nos lo descubriese la vasta inteligencia crítica de Moriz Barreto), es «el dón de efusión lírica» de ese poeta que hiciera de la novela de folletín, de una novela novelesca, originada de una broma de muchachos, un doloroso y vivo poema de amor...

Empezó Eça de Queiroz como romántico, pero el poeta sentimental que había en él y que nunca desapareció del todo; el imaginativo evocador de formas y de emociones, se transformaría en función crítica de colaborador de *As Farpas* en el analista fino, en el observador perspicaz, en el realista vigoroso de *O crime do Padre Amaro* y de *O primo Basilio*. Estas dos novelas son, evidentemente, el producto directo, casi podríamos decir el reflejo, del movimiento naturalista francés de Zola y de Flaubert, de éste sobre todo, que será el verdadero maestro, el iniciador de Eça en la novela naturalista y le ocupará siem-

pre la imaginación. Solamente que la intensidad del sentimiento poético es tal vez mayor en el novelista portugués que en el francés... Ambos eran dos románticos retardatarios, ambos tratan intencionadamente de libertarse del romanticismo; pero como el pasado pesa siempre sobre nosotros y no podemos librarnos totalmente de él, ambos conservaron, como de sí mismo reconocía Flaubert, notable y sensible la huella de la herencia romántica. En Eça de Queiroz, sin embargo, a pesar de su ironía, a pesar de la preconcebida frialdad que había querido dar a su análisis, de la imparcialidad que pretendía dar a su observación, esa huella es más honda, más aparente, como lo prueban los mismos libros citados, *A Reliquia* y *Os Maias*, sobre todo. Pueden darse del hecho dos explicaciones: una etnográfica, otra psicológica, en modo alguno opuestas entre sí. Flaubert es un francés del Norte, un normando, poco sentimental, a pesar de lo que había de afectuosidad profunda en su alma...

Eça de Queiroz es un puro meridional, un portugués, sentimental, amoroso, vagamente idealista y muy imaginativo como todos los

de su raza; las dotes de poesía en Flaubert son las del creador poderoso, y sólo en este sentido le podemos llamar poeta; Eça, por el contrario, es verdaderamente un poeta, un lírico, repito, un sentimental, un apasionado, aunque sin voluntad de serlo, un legítimo hijo de la tierra de los poetas amorosos, de los Cancioneros, de los caballeros enamorados, de los líricos sentimentales y llorosos de Bernardim Ribeiro, del Garrett de las *Folhas caidas* y del Camões de los sonetos y de *Inés de Castro*, de las jácaras, del *fado* doliente y amorosamente ñoño... Puede ser que estas explicaciones, que son sólo dos formas de una misma idea, no sean verdaderas. Nadie más que yo desconfía de estas generalizaciones. Pero como quiera que sea, la aproximación de estos dos nombres y de la obra literaria de cada uno de ellos produce en mí esta impresión... El naturalismo de Eça de Queiroz (y ésta es una de sus superioridades) no tiene la insensibilidad rebuscada, la falta de simpatía humana que se nota en el naturalismo de Flaubert y en el del Zola de aquella época. El sentimiento y la piedad aún se esconden para seguir los preceptos de la escuela y el ejemplo de los

maestros, pero no tanto que no las descubramos al través de la emoción de ciertas páginas, como las del infanticidio de *O crime do Padre Amaro* y de las desilusiones, de la enfermedad y de la muerte de Luisa en *O primo Basilio.* Lo que hay de fuerte y de intenso en Eça de Queiroz procede precisamente de esa simpatía. No había en él tal vez una gran potencia de invención, sino de creación verdaderamente original. Un estudio cuidado y minucioso de su obra, comparada con otras de las literaturas contemporáneas, mostraría en él reminiscencias, verdaderos paralelismos, imitaciones, si quieren, influencias de otros libros y de otros autores. Pero no temo exagerar diciendo que, bajo este aspecto, Eça de Queiroz era de la familia de los Shakespeares y de los Molières... Su copia (si copia se puede llamar) era casi siempre superior y jamás inferior al modelo, sólo consultado, nunca reproducido... Siento que en este punto necesito explicarme. Sería estulticia negar al magnífico creador de Juliana, de *El consejero Acacio;* de Sebastián, de *El canónigo Días*, y de otros tipos que viven en nuestra memoria como individuos de la vida real, el dón de la creación... Toda su

obra desmentiría a quien lo hiciese. Lo que digo es que, en la generalidad de esa obra, ya en su contexto, ya en su trama, ya en sus personajes, descubrimos más de un parecido a veces chocante con otras obras...

Quiero significar que en él, como en tantos otros grandes artistas, iguales o superiores a él (y ya cité Molière y Shakespeare), la facultad de creación supera a la de pura invención. Esto me parece verdad, sobre todo con respecto a su fase de naturalismo agudo. *El primo Basilio* es una novela paralela a *Madame Bovary*, de Flaubert, pero profundamente diferente de la obra maestra del escritor francés, y tal vez de mayor intensidad moral.

No dudo en escribir moral, en el sentido de social, según el concepto desarrollado más de una vez en estos ensayos. Para mí la literatura y el arte sólo tienen valor como órgano social, como expresión y definición de la sociedad; fuera de esto sus productos son solamente obras de curiosidad y de paciencia, más o menos bonitas, mejor o peor trabajadas, como japonerías y chinerías preciosas, pero sin lugar en el gran arte.

¿Quién puede imaginar sinceramente que un verdadero poeta, un artista, haga una obra de inspiración y de amor solamente para fotografiar un aspecto social, una simple vista del mundo y de la vida, despojado de toda emoción, extraño a toda reflexión, completamente impasible e indiferente a otro sentimiento que a la impresión material del hecho reproducido? No hay un fin moral, ciertamente, en *O primo Basilio;* un artista creador no es un predicador ni un moralista profesional. Pero en su odio senil contra el naturalismo, Camilo no erró del todo llamándolo «la novela más doctrinal que salió de las prensas portuguesas» (1). Y del reparo de Camilo puede conciliarse que de la novela de su amigo hizo el señor Ramalho Ortigão en *As Farpas.*

Reproducción admirable de la vida portuguesa

(1) En los últimos años el gran novelista portugués Camillo Castello Branco (Camillo, como se le llama allí familiarmente) sintió un odio senil, como dice Verissimo, una obsesión maníaca contra el naturalismo, triunfante ya en Portugal, a semejanza de la que aquí, en España, sintió nuestro Alarcón contra el mismo naturalismo, que él llamaba *la mano sucia.* Camillo, para demostrar que hacer novela naturalista era cosa fácil, escribió, casi en parodia, las dos novelas *A Corja* y *Eusebio Macario.* Es ésta la tercera época de Ca-

en uno de sus aspectos, *El primo Basilio* es tambien la representación viva, exacta hasta la crueldad, de lo que es el adulterio en la burguesía, el adulterio puesto al desnudo en toda su indecencia y ruindad, despojado de la vistosa ornamentación romancesca con que lo desfiguraron durante varios años la novela y el teatro románticos. La intención social y moral, por lo tanto, es evidente, aunque se pudiese admitir que el autor le es personalmente ajeno. En Flaubert, a pesar de sus denegaciones y de su repudo irracional de su obra maestra, por esnobismo de artista, no es otra sino la intención, al menos la significación de *Madame Bovary*.

No obstante, a mí me parece más fuerte la de *O primo Basilio*, más trágico el drama, más simpáticas sus víctimas. Haciendo de Carlos Bovary un bobo ridículo, Flaubert siguió más estric-

---

millo (1879-1890), que transcurre ya «en pleno triunfo del realismo, cuando el éxito de las novelas de Eça de Queiroz y la acogida calurosa de un público de gusto modernizado provocaron calurosa protesta en la Prensa», dice Fidelino de Figueiredo. (*Historia da litteratura romantica portuguesa*, cap. V, pág. 221. Lisboa 1913.) «Es tu vieja escuela, con una adjetivación de casta extranjera», dice el propio Camillo en el prefacio de la tercera edición de *Eusebio Macario*.—(N. DEL T.)

tamente su estética en esa obra, pero desvirtuó el mismo efecto estético de ella. Eça de Queiroz aumentó la emoción de la suya haciendo al marido de Luisa nulo, es cierto, pero no ridículo.

En las dos hay verdad absoluta, pero en la de Portugal hay tal vez, con menos belleza de ejecución, con menor ciencia de la expresión literaria, más intensidad si se mide la intensidad en la obra de arte por la mayor emoción que de sí esparce. A pesar de los reparos que los prejuicios de escuela pusieron a ese libro y a *O Crime do Padre Amaro*, son ellos tal vez los más perfectos, los más bellos y seguramente los más característicos, los más expresivos de la obra de Eça de Queiroz y de su lugar e influencia en la literatura de lengua portuguesa.

Porque no sólo en Portugal fué eminente su puesto y amplia influencia, sino también en el Brasil, que principalmente de él aprendió el naturalismo, sin haber producido, con todo, ningún naturalismo que se le equipare...

Faltaba en los secuaces del naturalismo aquí lo que en Eça sobraba: la personalidad para transformar en suyo aquello que acaso no le pertenecía como propio y la gran capacidad de

transposición a los tonos más originales y más variados que le ofrecían la literatura y la vida. Y con éste la alianza rara del análisis penetrante y pesimista de la ironía risueña y escéptica, con el lirismo y la tendencia novelesca de su índole personal y literaria. Tenía, además (la poseyó como nadie después de Garrett), el dón de la lengua, aun cuando aún no la sabía perfectamente ni la empleaba con la maestría con que acabó por manejarla. La vida portuguesa contemporánea, bajo el aspecto en que la vió Eça, no dejará de sí representaciones más perfectas, cuadros más verdaderos y más vivos, y la novela realista en todas las literaturas no tendrá muchas obras superiores a esa.

La fantasía novelesca, el lirismo congénito de Eça de Queiroz, no podía encarcelarse, sin embargo, para siempre en la fórmula naturalista. El realismo formaba, evidentemente, parte integrante de su temperamento literario, casándose armoniosamente con él aquellos otros rasgos de su índole artística; el naturalismo, según los maestros franceses, era la parte adventicia de él. Con *O Mandarim*, con *A Reliquia* y sobre todo con *Os Maias* lo va abandonando, y la fu-

sión entre el analista, el observador y el lírico, el romántico que hay en él se completa y le desencaja del canon propiamente naturalista. El drama y los personajes burgueses de *A Reliquia*, por ejemplo, son del más acabado realismo, de lo mejor que él hizo en esas pinturas exactas y vivas de la sociedad portuguesa, de la cual nos dejó tantos cuadros superiores en su obra. Pero ese drama y esos personajes los envolvió en una ficción de la más alta y de la más bella fantasía, soltando toda la rienda a su imaginación novelesca y lírica y dando el idioma portugués, en el sueño de Teodorico, uno de sus más bellos y más perfectos trozos de prosa. A los que motejan de insuficiente nuestro idioma basta ese fragmento para desmentirlos.

Os Maias completa su deserción del naturalismo a la moda de *O crime do Padre Amaro* y de *O primo Basilio*. Con esa obra, Eça de Queiróz reintegra lo novelesco en el arte naturalista, que lo había excluído y rechazado sistemáticamente. Un aspecto de la vida portuguesa le proporciona el asunto de un nuevo cuadro, en que se siente palpitar la realidad, pero que una luz de novela penetra en un ambiente roman-

cesco, no menos verdadero que la realidad de la vida que en él se vive. No sé si este libro, con todos los peros que una estética refinada le podría señalar, no sería de la obra de Eça de Queiroz la más representativa de su personalidad de artista, de poeta, al mismo tiempo sentimental e irónico, nervioso y frío, hombre de sensaciones y hombre de análisis, pintor exacto de realidades y fantasista de excelsa imaginación. Pero raro es que un escritor se contenga en una sola obra; porque no somos solamente complejos y diversos en el espacio, sino en el tiempo. Mudamos, variamos por lo menos, con los días que pasan, trayendo o llevando, alterando, en suma, las circunstancias de nuestra vida.

Lo novelesco, el lirismo de Eça de Queiroz, le llevaron insensiblemente a la nueva estética, nacida de la reacción idealista de los treinta últimos años. Quedó, por lo demás, ajeno a las escuelas que se disfrutan la representación de esa nueva, amplia y varia corriente artística. No era de los que se matriculan y estampillan en escuelas... En el mismo naturalismo conserva su independencia, su temperamento, su personalidad. Pero su ya indicada índole literaria o

artística (si lo prefieren) debía simpatizar mejor con lo que por ventura pueda haber de verdadero, o al menos de bello, en el movimiento simbolista. El símbolo es el eterno elemento de poesía, tal vez su misma esencia, y este realista es también un poeta de alta fantasía. El aspecto místico, sentimental, idealista e idealizador de las nuevas formas literarias, debían seducir su fantasía, satisfacer su gusto de mirar lo real en lo imaginario, de cubrir la verdad con sus obras más acabadas de artista, o más bien, de artífice consumado en el arte de las labores sutiles y delicadas, pero que sabe poner inspiración y sentido en las mismas obras secundarias de su recreación espiritual, como los que hicieron las figuritas de Tanagra o los cinceladores a lo Benvenuto Cellini o los ceramistas de las fruslerías valiosas de Sévres o de Sajonia. No es que fuese en modo alguno un simbolista. Era bastante grande para no soportar una etiqueta. Pero su espíritu amplio, como el de un escéptico, impresionable como el de los poetas, comprensivo como el de un analista, aprovechaba de cada corriente literaria lo que en ella había de concordante con su genio; que bastaba para man-

tener en la variedad de su inspiración y de su forma la unidad de su obra...

Por desdicha de la literatura portuguesa y de la nuestra—porque ante escritores de su valer comprendemos la solidaridad que el mismo idioma establece entre literaturas diferentes – esa obra la vino a interrumpir «la colosal iniquidad de la muerte», cuando tal vez nuevas inspiraciones pudiesen mostrar nuevos aspectos de su talento. Se sabe por sus íntimos que soñaba o imaginaba novelas de santos, aprovechar para su arte las leyendas hagiográficas de que están llenas las poéticas tradiciones de su patria, reunir en un libro sus cuentos y novelas cortas, sujetándolos primero a una selección rigurosa y a una revisión severa, dar la última forma a *Fadrique Mendes*, y publicar, completamente rehecho en un libro nuevo, *A Illustre casa de Ramires*.

De estos proyectos, no todos los inutilizó la muerte, pero destrozó tal vez los más prometedores, deteniendo el conocimiento del cerebro, donde se elaboraban y tomaban forma... Su obra, publicada sin embargo, parece ya bastante para justificar en lo futuro la estima y

admiración de sus contemporáneos. Prueba de que había en ella, a pesar de las reminiscencias de que hablé, una grande y honda originalidad, es que, a pesar de tener numerosos imitadores, no pudo jamás ser imitado. Hubo de él en los dos países del mismo idioma remedos deslabazados...

Lo que fué Garrett para el idioma portugués en la primera mitad del siglo, fué Eça de Queiroz en la segunda. Sus últimos escritos y las ediciones definitivas de sus primeros libros, son el más excelente ejemplo de concreción, unida a la elegancia, a la belleza verdaderamente artística de un idioma que, conservando su pureza, su índole, se muestra bastante plástico para expresar en sus más delicadas y sutiles gradaciones toda la gracia de las ideas y sensaciones modernas.

XI

El hombre de hierro [1]

Con más o menos brillo, más o menos perfume, más o menos gracia de forma o colorido, en todas partes se produce la flor literaria. Su área de cultivo comprende las longitudes y latitudes todas, y hasta de los fríos y pálidos esquimales nos trajeron, exploradores curiosos, muestras de una literatura oral, como de gentes que aun no saben escribir, pero que en medio de su rusticidad sienten y se conmueven ante la Naturaleza y ante la Vida. En nuestra América no logró todavía la flor literaria ni la exquisitez y variedad de formas, ni la singularidad de perfumes, ni el esplendor particular o el raro

(1) Este capítulo ha sido vertido al español por D. Rafael Cansinos-Assens.—(N. del T.)

colorido de algunas de las flores características de la tierra indígena. Pero aunque todavía incomparablemente menos brillante que aquéllas, no es ya, sin embargo, indigna de nuestra estimación.

Su defecto, por lo común, consiste en dejaros traslucir todavía demasiado a menudo el injerto extranjero. Todo anuncia, sin embargo, que con más asiduo e intenso cultivo, abonos más pingües, cruces con especies o variedades similares del terruño y mayor influjo del suelo y el ambiente de aquél, llegará a rivalizar un día en gracia de forma, en exquisitez de perfume y aun en otros caracteres, con los mejores ejemplares europeos o con los magníficos *specimens* de la flora botánica nativa.



América fué colonizada precisamente en la época de la mayor robustez de las literaturas madres.

El período de colonización aquí es la era de Camões, de Cervantes y de Shakespeare. Y aunque los conquistadores y colonizadores, en los siglos XVI y XVII, en lo que seguramente se

ocuparían y preocuparían menos sería en letras y cosas de literatura, no era natural que ese aspecto de la civilización europea dejase de ejercer en absoluto influjo en las colonias.

Tan no fué así que relativamente muy pronto se empezó en América a cultivar las letras.

Los primeros poetas americanos, de nacimiento o de residencia, aparecen ya en el siglo XVI. Los esforzados y aventureros conquistadores ibéricos, villanos o hidalgos, soldados o menestrales, curas o seglares, letrados o incultos, gente de toda condición, y más que nada de la peor, conquistando, guerreando, peleando entre sí o con los indígenas, en medio de las guerras, algaradas y motines, en plena conquista o empeñados en luchas civiles, no dejaron, sin embargo, marchitarse y morir la simiente de cultura que, aun a pesar suyo, trajeron consigo. Tampoco la mariposa sabe que en sí lleva el polen fecundo, merced al cual se abrirán nuevas corolas.

En Venezuela, a pesar de haber sido éste uno de los países de América más trabajados por las agitaciones de la conquista y establecimiento de los españoles, y posteriormente por los trastornos de la Independencia – cuya guerra fué allí

verdaderamente terrible—, y aun después por las infinitas luchas civiles que surgieron y siguen surgiendo, no llegó a morir esa generosa semilla. Al contrario. Allí fructificó magnífica en novelistas, en poetas, en publicistas.

En el libro, forzosamente breve y limitado del argentino Manuel Ugarte, *La joven literatura hispano-americana* (París 1906), figuran muchos escritores venezolanos de prosa y verso, con trabajos que los recomiendan muy favorablemente. Y a aquellos nombres podrían agregarse otros.

***

Dos buenos exponentes de la más reciente literatura venezolana llegan a nuestras manos.

El uno, es la novela *El hombre de hierro*, de Don Rufino Blanco-Fombona; el otro, un libro de historia diplomática: *La segunda misión a España de don Fermín Toro*, por el señor Angel César Rivas.

El primero, de pura literatura y obra de un escritor que es un artista, tiene para nosotros, por su misma generalidad, un mayor interés.

Don Rufino Blanco-Fombona, su autor, es un hombre de treinta y cuatro años, que ya cuenta

con un bagaje literario relativamente considerable: (*Cuentos americanos*, *Más allá de los horizontes*, *Cuentos de poeta*, *Trovadores y trovas*, *Pequeña ópera lírica*, etc.).

A más de literato, es político y hombre de gobierno. No hace mucho desempeñaba el cargo de Gobernador del Alto Amazonas venezolano. Este libro suyo lo escribió en la prisión, adonde recluyeron al autor, naturalmente, por *enemigo de la República*, según la fórmula latino-americana.

Don Rufino Blanco-Fombona, es un novelista y narrador, no diré de mérito, que sería poco, sino muy ameno y hasta delicioso. Sus *Cuentos americanos* han sido traducidos al francés; y no sólo los gacetilleros periodísticos, fáciles en todas partes al aplauso, sino también la crítica literaria francesa acogiólos con estimación y elogio. Y no se crea que con ello les hizo ningún favor. Este autor narra, en verdad, con soltura y gracia; y a su sencillez va unido un pensamiento, que si no es siempre deslumbrante nunca es trivial; y una filosofía que comunica a sus relatos un interés aun mayor que el de la fantasía que los crea.

De su libro *Más allá de los horizontes...*, son estas líneas, a propósito del durísimo dominio de España en los Países Bajos.

«*España en aquel tiempo era la fuerza; y la fuerza, como los gases, tiende a la expansión.* Crímenes son del tiempo y no de España, *cantó el poeta; pero los crímenes no fueron sólo del tiempo, como no fueron sólo de España. Los crímenes de la fuerza son de la fuerza misma. Son efecto irremediable, fatal. Un terremoto, no es bueno ni es malo; es terrible. La guerra es una forma del poder terrible de la Naturaleza. Podrán mudar los tiempos, pero no mudan los estragos de la conquista. No fué más cruel la España de los siglos XV y XVI, cuando hacía tabla rasa de la civilización indígena de América y diezmaba la flor de los imperios, que la Inglaterra de ahora ametrallando a los Dervíches, sometiendo a los Achantis, crucificando a los Boers, bebiéndose la mitad de la sangre y de las lágrimas vertidas por los hombres en el siglo XIX.*»

* * *

Este literato, gobernador de provincia, es un hombre desencantado como esteta; es un ironista y acaso un escéptico.

Desilusionado e irónico, es, además, pesimista en esta su novela *El hombre de hierro.*

Ya el título de por sí es una ironía. Excepto para su modesto trabajo, en el escritorio de una casa comercial, al que se entregaba en alma y vida, sin sentir nunca cansancio, siempre pronto, siempre dispuesto, lo que le valió de su jefe y compañeros el mote de *hombre de hierro*, Crispín Luz, el héroe de la novela, es el hombre más apocado, más sin carácter, esto es, sin energía, que se pueda imaginar. Todos le dominan y gobiernan. Es una completa nulidad. Al fin lo casan, más bien que se casa él, con una linda joven que acepta su amor, sin sentir por él la menor estima.

Preguntándose a sí misma por qué se casó con aquél hombre que más bien le inspira aversión que cariño, y al cual ha engañado, María, la esposa, dase siempre la misma respuesta:

—Me casé por falta de voluntad, por atolondrada e inexperta, por seguir la corriente; porque Rosalía—una prima suya, con cuya familia vivía—se casó, porque era preciso no quedarse para vestir imágenes, o para servir de aya a los nenes de mi prima; porque deseaba procurarme

una posición independiente y salir de aquella tutela; porque la mujer se debe casar; porque Rosalía, mi tía Josefa y Adolfo – el marido de su prima—metiéronme por los ojos á Crispín, asegurándome que era buen partido, principalmente en Caracas, donde un buen novio es *rara avis*.

En estas condiciones fué el casamiento desgraciado y fuélo también el pobre hombre de hierro del escritorio mercantil, víctima de su falta de carácter y de su incapacidad para granjearse el amor de su mujer, que lo manejaba como un pelele. Verdad es que para vivir llorando y amando al marido, después de muerto, cuando al fin y sólo entonces supo apreciar cuán grandes eran su bondad y su ternura.

En esta novela del señor Blanco-Fombona bullen y viven tipos diversos, igualmente característicos o bien caracterizados.

La vida de Caracas y la sociedad venezolana aparecen descritas en la obra con exactitud, sinceridad y arte.

Esa vida no difiere esencial o considerablemente de la vida en otras capitales americanas, ni tampoco difiere mucho esa sociedad de las demás sociedades del continente. Viene a ser una

mezcla de estrechez de la vida colonial, de preconceptos localistas, con las copias, adaptaciones e imitaciones y hasta remedos exóticos, dando por resultado esa incongruencia característica de nuestras sociedades americanas, medio civilizadas, medio bárbaras, al mismo tiempo anticuadas y adelantadísimas.

Para que no falte ningún toque nacional al cuadro del señor Fombona, asistimos en él a un terremoto y una revolución, y aun a discusiones políticas que nos dan una impresión general del estado y sentimiento político del país, sin que el novelista se salga ni un momento de los límites del arte.

Es, en suma *El hombre de hierro*, un libro bien hecho, aunque con cierto resabio de naturalismo en el estilo de la narración y en la crudeza de algunas escenas y expresiones; un libro escrito en lengua flúida, fácil, expresiva, sin la ampulosidad y amaneramiento habituales de los españoles.

FIN

ÍNDICE

BIBLIOTECA AYACUCHO

BAJO LA DIRECCIÓN DE DON RUFINO BLANCO-FOMBONA

I-II.—*Memorias de O'Leary:* Bolívar y la emancipación de Sur-América.—7,50 pesetas cada vol.

III.—*Memorias de O'Connor:* Independencia americana.—5 pesetas.

IV.—*Memorias del general José Antonio Páez: Autobiografía.*—7,50 pesetas.

V.—*Memorias de un Capitán del Ejército Español,* por el Capitán Rafael Sevilla.—5 pesetas.

VI-VII.—*Memorias del General García Camba.* Para escribir la historia de las armas españolas en el Perú.—7,50 pesetas cada vol.

VIII.—*Memorias de un oficial de la Legión británica:* Campañas y Cruceros. —4 pesetas.

IX.—*Memorias del general O'Leary:* Ultimos años de la vida pública de Bolívar.—7,50 pesetas.

X.—*María Graham.*—Diario de su residencia en Chile (1822) y de su viaje al Brasil (1823).—Trata de San Martín.—Cochrane. O'Higgins.—7,50 pesetas.

XI.—*Memorias del Regente Heredia.*—Monteverde Bolívar.—Boves.—Morillo. —4,50 pesetas.

XII.—*Memorias del general Rafael Urdaneta.*—7,50 pesetas.

XIII.—*Memorias de lord Cochrane.*—6 pesetas.

XIV.—*Memorias de Urquinaona.*—7 pesetas.

XV.—*Memorias de William Bennet Stevenson.*—5,50 pesetas.

XVI.—*Memorias póstumas del general José María Paz.*—8 pesetas.

XVII.—*Memorias de fray Servando Teresa de Mier.*—8 pesetas.

XIII.—*La creación de Bolivia,* por Sabino Pinilla.—7,50 pesetas.

XIX.—*La Dictadura de O'Higgins,* por M. L. Amunátegui y B. Vicuña Mackenna.—7,50 pesetas.

XX.—*Cuadros de la historia militar y civil de Venezuela. (Desde el descubrimiento y conquista de Guayana hasta la batalla de Carabobo),* por Lino Duarte Level.—8 pesetas.

XXI.—*Historia crítica del asesinato cometido en la persona del gran mariscal de Ayacucho,* por Antonio José de Irisarri.—8 pesetas.

XXII-XXIII.—*Vida de don Francisco de Miranda, general de los ejércitos de la primera República francesa y generalísimo de los de Venezuela,* por Ricardo Becerra.—Dos volúmenes a 8 pesetas cada uno.

XXIV.—*Biografía del general José Félix Ribas, primer teniente de Bolívar en 1813 y 1814 (época de la guerra a muerte),* por J. V. González.—5 pesetas.

XXV.—*El Libertador Bolívar y el Dean Funes.—Revisión de la historia argentina,* por J. Francisco V. Silva.—8,50 pesetas.

XXVI-XXVII.—*Memorias del general Miller.*—Cada tomo 8,50 pesetas.

XXVIII-XXIX-XXX.—*Vida del Libertador Simón Bolívar*, por Felipe Larrazábal.—8 50 pesetas cada volúmen.

XXXI-XXXII.—*Noticias secretas de América*, por Jorge Juan y Antonio de Ulloa.—8,50 pesetas cada vol.

XXXIII.—*Historia de la independencia de México*, por M. Torrente.—8,50 ptas.

XXXIV.—*Los Estados Unidos de América y las Repúblicas hispano-americanas de 1810 a 1850.* (Páginas de historia diplomática), por F. J. Urrutia.—8'50 ptas.

XXXV.—*Formación histórica de la nacionalidad brasileña*, por M. de Oliveira Lima.—Traducción y prólogo de Carlos Pereyra.—6,50 pesetas.

XXXVI-XXXVII.—*Cartas de Sucre al Libertador*, coleccionadas por D. F. O'Leary.—8,50 pesetas tomo.

XXXVIII.—*Vida y memorias de Agustín Iturbide*, por Carlos Navarro y Rodrigo.—8 pesetas.

XXXIX.—*Su correspondencia (1823-1850)*, por San Martín.—8 pesetas.

XL.—*La emancipación del Perú.*—Según la correspondencia del general Héres con el Libertador (1821-1830), por Daniel Florencio O'Leary.—8,50 pesetas.

XLI-XLII.—*Bolívar en el Perú*, por Gonzalo Bulnes.—8,50 pesetas tomo.

XLIII-XLIV.—*Historia del Perú independiente*, por Mariano Felipe Paz Soldán.—8,50 pesetas tomo.

XLV.—*La evolución republicana durante la revolución argentina*, por Adolfo Saldías.—8,50 pesetas.

XLVI.—*Memorias de Gervasio A. Posadas* (Director de las Provincias argentinas en 1914) y *Memorias de un abanderado.* (Nueva Granada: 1810-1819). Dos obras en un tomo.—8,50 pesetas.

XLVII.—*La Evolución del principio del Arbitraje en América.—La Sociedad de las Naciones.* (Dos obras), por F. J. Urrutia.—7 pesetas.

XLVIII-LXIX.—*Papeles de Bolívar*, publicados por Vicente Lecuna.—Primer tomo, 7 pesetas; segundo tomo, 7,50 pesetas.

L-LI.—*Correspondencia de Extranjeros notables con el Libertador.*—Dos tomos. Cada tomo, 8 pesetas.

LII-LIII.—*El teniente general Don Pablo Morillo, conde de Cartagena, marqués de La Puerta*, por A. Rodríguez Villa.—Dos vols., a 8,50 pesetas cada uno.

LIV-LV—*Epistolario de D. Bernardo O'Higgins*, anotado por E. de la Cruz.—Dos vols., a 7,50 pesetas cada uno.

LVI-LVII-LVIII.—*Memorias Histórico-Políticas.—Ultimos días de la Gran Colombia y del Libertador*, por Joaquín Posada Gutiérrez.—8,50 el primer tomo, 9,05 el segundo, y 9,60 el tercero.

LIX.—*Cartas de Bolívar (1823-1824-1825).*—Con un apéndice que contiene cartas de 1801-1822. Notas de R. Blanco-Fombona.—11,10 pesetas.

LX.—*Memorias del General Gregorio Araoz de la Madrid.*—10,20 pesetas.

BIBLIOTECA DE LA JUVENTUD HISPANO-AMERICANA

SE HAN PUBLICADO:

I.—*Hernán Cortés y la epopeya del Anáhuac*, por Carlos Pereyra, 3,50 ptas.

II.—*Francisco Pizarro y el tesoro de Atahualpa*, por Carlos Pereyra, 3,00 ptas.

III.—*Humboldt en América*, por Carlos Pereyra, 3,50 ptas.

IV.—*El general Sucre*, por Carlos Pereyra, 3,50 ptas.

V.—*La entrevista de Guayaquil*, por Ernesto de la Cruz, J. M. Goneaga, B. Mitre, Carlos A. Villanueva. Prólogo de R. Blanco-Fombona. 3,50 ptas.

VI.—*Tejas. La primera desmembración de Méjico*, por Carlos Pereyra, 3,50 pesetas.

VII.—*Ayacucho en Buenos Aires y Prevaricación de Rivadavia*, por Gabriel René-Moreno, 4,00 ptas

VIII.—*Apostillas a la Historia colombiana*, por Eduardo Posada, 3,50 ptas.

IX.—*El Washington del Sur. Cuadros de la vida del Mariscal Antonio José de Sucre*, por B. Vicuña Mackena, 4,00 ptas.

X.—*Leyendas del tiempo heroico. Episodios de la guerra de la independencia americana*, por Manuel J. Calle. 4,00 ptas

XI. *Los últimos virreyes de Nueva Granada (Relación de mando del virrey don Francisco Montalvo y Noticias del virrey Sámano sobre la pérdida del Reino)*, por Francisco Montalvo y Juan Sámano, 3,50 ptas.

XII. *El Almirante don Manuel Blanco Encalada.—Correspondencia de Blanco Encalada y otros chilenos eminentes con el Libertador*, por Benjamín Vicuña Mackena, 3,50 ptas.

XIII.—*Junín y Ayacucho*, por Daniel Florencio O'Leary, 4,00 ptas.

XIV.—*Francisco Solano López y la Guerra del Paraguay*, por Carlos Pereyra, 3,50 ptas

XV.—*Rosas y Thiers (La diplomacia europea en Río de la Plata)*, por Carlos Pereyra, 3,50 ptas.

XVI.—*Bolívar y las repúblicas del Sur*, por Daniel Florencio O'Leary 3,50 pesetas.

XVII.—*Diario de un tipógrafo yanqui en Chile y Perú durante la guerra de la Independencia*, por Samuel Johnston. (Introducción de Armando Donoso), 3,50 ptas.

XVIII. *Gran Colombia y España*, por Daniel Florencio O'Leary, 4 ptas.

XIX.—*Capítulos de la historia colonial de Venezuela*, por Arístides Rojas, 3,50 ptas.

XX.—*El Consejo internacional de Panamá en 1826*, por Florencio O'Leary, 3,50 ptas.

XXI.—*Leyendas históricas de América*, por Manuel J. Calle, 4,60 ptas.